
PARTICIPACIÓN INDÍGENA EN EL DESARROLLO AMAZÓNICO COLOMBIANO

SÍNTESIS DE HISTORIA ECONÓMICA
DE LA AMAZONIA COLOMBIANA (1550-1945)

Roberto Pineda C.

Profesor

Departamento de Antropología
Universidad Nacional y Universidad de los Andes

PREFACIO

Este trabajo tiene como propósito efectuar una síntesis de la historia económica de la Amazonia colombiana, desde la segunda mitad del siglo XVI, cuando se iniciaron las primeras ocupaciones del piedemonte, hasta 1945, cuando terminó el segundo ciclo del caucho. Se basa principalmente en fuentes secundarias, si bien tiene en cuenta diversos documentos inéditos que consulté en el Archivo Nacional de Colombia y otros testimonios directos. El énfasis de este escrito es refiere a las modalidades de ocupación económica esclavista y extractiva regional que caracterizan los diversos períodos de la historia amazónica colombiana, aunque los hemos enmarcado, cuando ha sido necesario, en contextos más amplios de la historia de la cuenca Amazónica en general. Los procesos de colonización -o sea la valoración permanente de la tierra y el bosque- están apenas esbozados en lo que respecta a la transición de principios de siglo en el Caquetá. Como los procesos de colonización se desarrollaron, sobre todo, a partir de 1950, quedan por fuera desde el punto de vista cronológico de nuestro período de análisis.

El texto fue redactado en el año de 1986, por encargo del doctor Martín von Hildebrand, en el marco del Proyecto Participación Indígena en el Desarrollo Amazónico, llevado a cabo por la Fundación Puerto Rastrojo, bajo el patrocinio de COLCIENCIAS.

Desde entonces diversos colegas han elaborado importantes trabajos sobre la historia de la Amazonia; no obstante, el esquema de presentación de nuestro ensayo sigue, a mi parecer, vigente. Sin embargo, he incluido unas nuevas páginas sobre el ciclo de la quina y el caucho en el piedemonte y un breve apartado sobre el impacto de la economía extractiva del hevea en la sociedad mundurucú, en la Amazonia brasilera.

Quiero manifestar mi agradecimiento con el Dr. Hildebran, por la confianza que me ha dispensado. Asimismo, debo manifestar mi deuda con los estudiantes de los cursos "Coloños y Caucheros" y "Problemas Antropológicos en el Desarrollo del Amazonas" (Problemática de Colombia) por sus útiles comentarios, preguntas y cuestionamientos.

Espero que este ensayo estimule el interés por la todavía incipiente historia económica del Amazonas y genere algunas reflexiones para buscar alternativas de desarrollo de la cuenca que armonicen el derecho de sus pobladores tradicionales, el interés legítimo de los Estados amazónicos y la protección del medio ambiente regional y global.

Santafé de Bogotá, septiembre de 1992.

INTRODUCCIÓN

La Amazonia no ha sido, como se supone habitualmente, un territorio marginal. Sus pueblos y gentes, sus sistemas económicos y sociales, han estado insertados durante los últimos cuatro siglos en contextos coloniales e internacionales.

La Amazonia ocupó, desde tiempos tan tempranos como la segunda mitad del siglo XVI, un lugar específico en la economía-mundo (Wallerstein, 1979). Durante siglos la vastedad de su territorio fue un mecanismo recuperativo de la economía regional ya que los europeos y sus descendientes sustrajeron de ella centenares, miles --y quizás millones-- de hombres para emplearlos como "productores directos", sin preocuparse por su reproducción física y social, en el proyecto de fundar allí una sociedad colonial. Simplemente, los que físicamente sucumbían eran reemplazados por otros de aldeas muy lejanas. Estos hombres no eran proletarios, sino técnicamente esclavos (Meillassoux, 1979). Los europeos los sustrajeron de sus sociedades, usurpaban la energía social en ellos invertida por sus respectivas sociedades y se exprimía toda su capacidad productiva, sin dejar compartir el fruto de su trabajo con los eventuales descendientes nativos.

La catástrofe demográfica fue agravada por las múltiples epidemias que azotaban periódicamente la región.

La fuerza de trabajo era renovada mediante la guerra o prácticas de rescate que fomentaban acciones bélicas de unos grupos indígenas contra otros grupos nativos. Este panorama se agravaba aún más con las incursiones caribes desde Guyana hacia el Alto Orinoco-Río Negro, con propósitos similares para negociar con los holandeses (Useche, 1985).

Durante siglos este proceso fue inexorablemente ocurriendo. Las primeras víctimas fueron los habitantes de las vegas del río Amazonas. Los Omaguas, del trapecio Amazónico, una sociedad estimada en varios centenares de miles de personas habían ya desaparecido a principios del siglo XVIII. Algo similar ocurrió a los Manaos, y otros pueblos del Río Negro, etc. Denevan estimó la población ribereña del río Amazonas, para 1541, en 1.501.084 personas. Siglo y medios después todos o casi todos habían sucumbido (Denevan, 1980).

Los portugueses ocuparon el territorio a medida que necesitaban nueva fuerza de trabajo. Como consecuencia de ello reconocieron el Caquetá, el Putumayo, el Vaupés, etc. Los españoles tampoco escaparon a este proceso. Los proyectos de colonización del piedemonte desembocaron en prácticas esclavistas. No obstante la Amazonia brasileña alcanzó más rápidamente los límites de este proceso, de manera tal que ya a mediados de 1880 se vio obligada a importar trabajadores para explotar el caucho amazónico, mientras que nuestra Amazonia ha sido "reserva de mano de obra" hasta hace unos pocos años.

La región tuvo un rol fundamental -desde el punto de vista mundial- como lugar de oferta de ciertos productos: cacao en el siglo XVIII o caucho silvestre en los siglos XIX y XX. Con ello,

indudablemente, se incrementaba la tasa de ganancias de industrias de alto nivel tecnológico como las consumidoras industriales de caucho.

Los productos locales tenían una posición desventajosa en el contexto del mercado internacional de tal manera que la tasa de acumulación siempre fue baja y reposaba, sobretudo, en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo indígena.

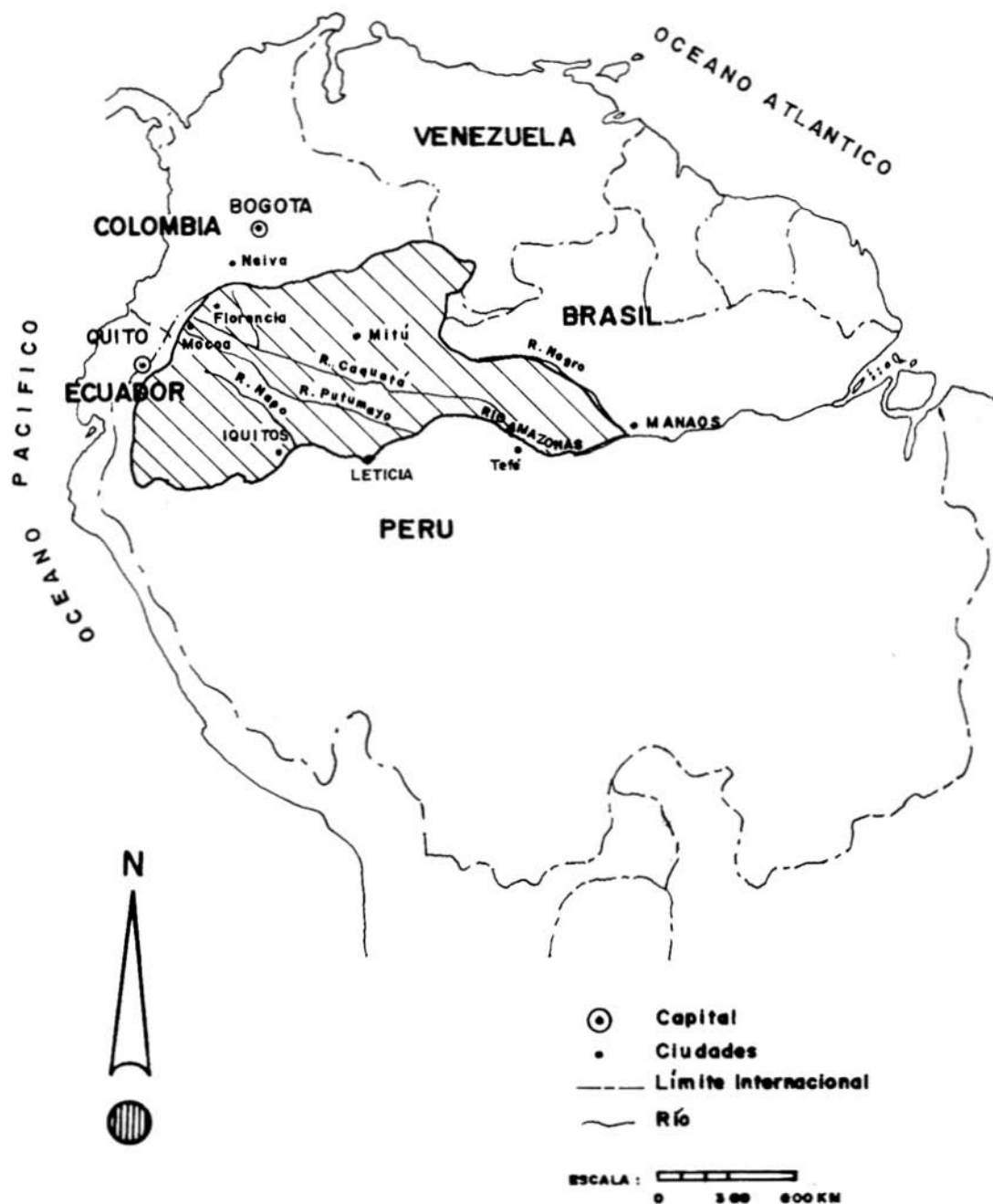
Pero la explicación de este proceso no está únicamente en la posición periférica de la Amazonia con relación al mercado internacional, sino también en algunas de sus características regionales. Sus recursos estaban generalmente dispersos por el bosque o carecía de significativas minas de oro y plata accesibles a la tecnología de entonces. Como los recursos estaban dispersos no se podía concentrar capital, hombres y técnicas en sistemas más rentables como plantaciones; o fomentar la conformación de poblados en torno a los centros de producción que se constituyeron en reservas de mano de obra barata y, a su vez, en centros de aculturación de los hábitos y patrones culturales de la región; y concomitantemente conformar un mercado regional fuerte y sostenido.

Las grandes distancias y las dificultades de superar los raudales fueron igualmente obstáculos considerables para la homogeneización cultural. Asimismo, la estructura segmentaria de la mayor parte de las sociedades nativas hacía muy difícil el manejo de la fuerza de trabajo local y las multitudes de lenguas indígenas se presentaban como serios impedimentos para la comunicación.

En torno a estos y otros factores se ha ido tejiendo la historia económica regional, oscilando entre una relación esclavista clientelar, cuya manifestación se ha dado en el plano económico en el llamado "sistema de endeude". Las bonanzas económicas no han hecho otra cosa que reforzar estas relaciones sociales ya que estas últimas han sido sus soportes. Las posibilidades internacionales para la Amazonia han consolidado las relaciones de carácter colonial entre blancos, indios y mestizos, y no han transformado la economía regional.

Este escrito describe el proceso en lo que atañe a la Amazonia colombiana, si bien busca en determinados momentos ubicar en contextos más amplios sus problemas con el fin de ganar capacidad comprensiva. El hilo conductor es la actividad económica, con el convencimiento de que ésta refleja los aspectos fundamentales de la sociedad amazónica regional. Esperamos generar una reflexión más general sobre un problema de vital importancia para el Amazonas y sus gentes de hoy: por qué no se ha desarrollado? El auscultamiento histórico nos muestra algunas tendencias de mediana y larga duración que, a pesar de las rupturas, siguen definiendo su historia contemporánea. El camino de la construcción de una teoría del desarrollo o/y etno-desarrollo adecuada al Amazonas está lejos de haber concluído, y si este trabajo logra motivar problemas y preguntas pertinentes habrá alcanzado gran parte de su cometido.

MAPA I AMAZONIA NOROCCIDENTAL



LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA DEL PIEDEMONTTE

A. EL MODELO DE LA ENCOMIENDA Y EL REAL DE MINAS

Los españoles intentaron reproducir en el piedemonte amazónico, durante la segunda mitad del siglo XVI, el modelo de colonización del área andina, estableciendo encomiendas y Reales de Minas en ese territorio.

Para ello tuvieron como base los conocimientos adquiridos por los expedicionarios de Hernán Pérez de Quesada -quien partiendo de Tunja había recorrido todo el piedemonte hasta salir al Valle de Achibichi (Sibundoy) y desplazado hasta la ciudad de Pasto- y los antecedentes de la expansión española en la Amazonia ecuatoriana (Rivas y Oviedo, 1990, 57 ss).

En 1557 se hizo la primera fundación de Mocoa. Los indios de la región -los Mocoa- fueron repartidos en encomiendas a sus fundadores, y dedicados a la explotación de oro de aluvión de los ríos cercanos (Castelví, 1944, 8ss.).

En 1582 se estima que en Mocoa residían 10 vecinos españoles, con 800 indios encomendados. No obstante, las dificultades de comunicación con Pasto y la resistencia indígena, entre otros factores, comprometieron su ulterior crecimiento y hacían temer su destrucción.

Como consecuencia de la debilidad de la nueva colonia se fundaron Simancas y Ecija de los Sucumbios, a finales del siglo XVI. Simancas estaba localizada posiblemente cerca a la actual localidad de Santa Rosa, en el alto Caquetá; Ecija de los Sucumbios fue establecida en el río San Miguel, combatiendo y reduciendo a los indios Kofanes.

Simancas fue establecida con una función de contención militar; parte de la estructura urbana se encontraba amurallada; Ecija, por su parte, se aprovechaba de su conexión más cercana con las otras localidades del oriente ecuatoriano y del área andina, que le permitían un comercio y protección más adecuada y prometedora que Mocoa.

La crisis de la actividad minera de la Nueva Granada, aunada a la resistencia indígena en todo el piedemonte, debilitó aún más la posición de Mocoa y las otras localidades durante el siglo XVII. Sin duda alguna, como lo indica el siguiente cuadro, Mocoa no logró despegar en el siglo XVII; tanto su número de encomenderos como el de indios encomendados disminuyó ostensiblemente.

CUADRO 1.
ENCOMIENDAS DE LA PROVINCIA DE MOCOA

AÑO	No. DE VECINOS ESPAÑOLES	INDIOS ENCOMENDADOS
1582	10	800
1606	10	312
1626-700	2	70-75

Fuente :Pineda C., 1980-81, 339.

La crisis de los establecimientos del Alto Putumayo se vió agravada por los levantamientos y resistencias indígenas. Esto dificultaba los proyectos de colonización e imponía cargas onerosas a los españoles. En 1620, por ejemplo, Mocoa debió protegerse por medio de escoltas de una posible rebelión nativa; en 1663 se produjo un levantamiento de indígenas *tamas* y *andakés* que destruyeron la ciudad. En 1819, asimismo, la población estaba desolada por ese mismo motivo. Igual suerte corría Simancas que fue totalmente destruida a finales del siglo XVII, mientras que Ecija de los Sucumbíos perecería en la segunda mitad del siglo XVIII (Friede, 1953).

B. PROYECTO DE COLONIZACIÓN DEL CAGUÁN

Desde el Alto Magdalena, y particularmente con base en la localidad de Timaná, se proyectaron desde finales del siglo XVI algunas expediciones sobre el Alto Caguán y el río Ortegua. En 1591 se estableció la población del Espíritu Santo del Caguán, cerca de la desembocadura del río Guayas en el Caguán, y se fundaron los pueblos de Ortegua y Guenta (en el río Ortegua). Esta zona estaba habitada por grupos indígenas de filiación tucano occidental, *andakés* y *tamas*.

Espíritu Santo fue dotada con el título de ciudad y contaba con su propio cabildo. La población nativa fue repartida en encomiendas, dedicadas a la extracción de pita, miel, cera y algunos otros productos. Los indios tributaban barniz, estoraque, caraña, miel de abejas, zarza, petates, totumas y colorantes. Estos bienes eran llevados por cargueros indígenas, durante penosas travesías, a Timaná, Neiva, e incluso Santa Fé de Bogotá (Pineda C., 1980-81).

Algunos de los encomenderos del Caguán poseían también hatos ganaderos, aprovechando probablemente las condiciones favorables de las sabanas del Yarí. La carne era llevada, así mismo, por hombres hasta los mercados de las poblaciones citadas.

Los encomenderos establecieron vínculos comerciales con los indígenas de parcialidades más lejanas, y con frecuencia aquellos se trasladaban a las localidades de los nativos encomendados para efectuar transacciones comerciales.

Al contrario de las áreas andinas, a los encomenderos les era difícil controlar efectivamente la fuerza de trabajo nativa; por lo tanto, debían en parte basar su autoridad en relaciones de endeude y en el poder que daba suministrar ciertos productos escasos o altamente valorados -como la sal, el tabaco, chaquiras, hachas de acero y otros productos- por los indígenas.

Como en todo régimen colonial la utilización servil de la mano de obra nativa era fundamental para la reproducción de las formas de dominación.

Los Españoles del Caguán y del río Ortegua contaban, además de la mano de obra "pacificada", con la "guerra justa" y prácticas de rescate para obtener fuerza de trabajo local.

La "guerra justa" no era, sin embargo, un procedimiento económico para obtener trabajadores, ya que las condiciones del medio ambiente -altas temperaturas, dificultades en los caminos, ciclos climáticos, enfermedades- hacían oneroso y difícil el desplazamiento de expediciones militares con estos propósitos. En la colonización del Caguán se desarrolló, desde un principio, una relación relativamente estable con ciertos grupos indígenas regionales, en un contexto en general hostil a los españoles.

No debe olvidarse que muchos indios de la zona andina habían huido al oriente en búsqueda de refugio ante las enfermedades y métodos violentos de los españoles.

Desde los primeros años del siglo XVII, los españoles penetraron en el Alto Apaporis y en otras regiones orientales del Caquetá, para negociar "huérfanos" con los grupos indígenas, entre ellos los huaques (murciélagos, carijonas) (Llanos y Pineda, 1982). Los indígenas obtenían estas "piezas" mediante actividades guerreras en la parte meridional del Caquetá. A los grupos capturados los denominaban con el apelativo genérico de "huitotos" o "tamas".

En 1628, de acuerdo con la visita de Don Diego de Ospina a Timaná y áreas aledañas, se hallaban en las encomiendas del Alto Magdalena una multitud de indígenas de las selvas orientales (pinaguajes, tamas, andakfes, oteguazas, guentes). Estos trabajaban en diversos tipos de servicios personales. Asimismo, tenían entre sus funciones transportar personalmente productos vernáculos a las minas de Almaguer y otras localidades y coadyuvar en trapiches y estancias de la región. Los tamas entrevistados sostuvieron que gran parte de ellos habían sido rescatados por los españoles cuando aquellos eran niños, en las parcialidades aborígenes vecinas. Los indios selváticos -y en particular los tamas- se convirtieron, entonces, en un factor fundamental para la provisión de la fuerza de trabajo regional, en un momento de depresión económica del Nuevo Reino de Granada.

Este desplazamiento provocó numerosas muertes entre los indios selváticos ya sea por las enfermedades epidémicas contraídas en el nuevo hábitad, o por una relativamente alta tasa de suicidios de aquellos tamas que se negaban a aceptar la servidumbre. Los españoles optaban, como en toda estrategia de conquista, en suplir la nueva mano de obra mediante otras acciones de rescate.

A mediados del siglo XVII, los peninsulares aumentaron su presión sobre la fuerza de trabajo nativa. En la misma colonia del Caguán la actividad más lucrativa consistió en rescatar indígenas y desplazarlos al Alto Magdalena, a pesar de que la esclavitud de indios había sido prohibida casi un siglo atrás (Pineda C., 1980-81).

Los mismos indios encomendados fueron objeto de la trata, generándose un movimiento social de resistencia nativa frente a los españoles. Ello condujo a su convergencia con múltiples grupos indígenas que se habían resistido a incorporarse al proyecto colonial (particularmente los andakfes) y a la toma y destrucción -a finales del siglo XVII- de la ciudad del Espíritu Santo del Caguán.

Este primer intento de colonización española había fracasado. En el piedemonte los españoles habían intentado fundar la sociedad colonial mediante la apropiación de tierra y la utilización compulsiva de la mano de obra nativa para la explotación de oro y otros recursos.

La apropiación de la tierra -o sea del bosque- era una figura más bien retórica ya que los españoles no tenían manera de hacer funcionar realmente su dominio sin la utilización de la mano de obra indígena y de sus técnicas de explotación agrícola (roza y quema, productos nativos, tecnología alimenticia local..); entonces no existía la posibilidad de recurrir a importar productos andinos debido a la dificultad de las comunicaciones.

Los españoles debieron fundar su estrategia para sobrevivir en el bosque tropical en las sociedades indígenas, y no únicamente en la mano de obra de estos últimos. Las técnicas agropecuarias foráneas no funcionaban del todo o simplemente no funcionaban. La incapacidad política de someter a los nativos y la crisis económica de todo el Reino desencadenó el fracaso global del sistema de apropiación de los recursos silvestres y humanos locales. En fin, el colapso del proyecto colonial amazónico español

CONFORMACIÓN DEL ESPACIO AMAZÓNICO PORTUGUES

A. LA EXPANSIÓN LUSITANA

El Tratado de Tordesillas concedía a Portugal una pequeña franja de América, situada en el litoral suroriental del continente suramericano.

La Corona portuguesa, sin embargo, permaneció relativamente desinteresada de sus posesiones americanas, hasta que en la segunda mitad del siglo XVI se inició la explotación de factorías de caña de azúcar, utilizando en principio mano de obra indígena y, rápidamente, negra (Ferreira Reis, 1931).

En los primeros lustros del siglo XVII, la Corona portuguesa modificó radicalmente su política y mediante expediciones auspiciadas por el Estado y bajo la iniciativa privada (bandeirantes) emprendió una vigorosa campaña expansionista para ocupar el interior del continente, particularmente la "isla del Brasil", o sea, ese espacio interior situado entre el Atlántico y las cuencas del Amazonas y la Plata (Ferreira Reis, 1965, .88).

Paradójicamente, los primeros pasos efectivos en esta dirección tienen lugar durante el período denominado "cautiverio babilónico", cuando la Casa real portuguesa estaba bajo el control y dominio de la Corona española.

Diversas colonias inglesas y holandesas se habían instalado en la costa de Amapá, la isla de Marajoara, el bajo Amazonas, incluyendo las partes bajas de los ríos Tapajos y Xingú; en estas regiones, además de explotar los recursos naturales, habían plantado, asimismo, caña de azúcar y sostenían diversas factorías de azúcar y ron. Así que, para la seguridad del Imperio Español, era necesario desalojar los "herejes" del Bajo Amazonas, ya que no solamente amenazaban la integridad territorial del Imperio sino también las rutas del comercio trasatlántico (particularmente el tráfico de esclavos) y del Oriente; además que podían eventualmente penetrar vía el Amazonas hacia el Virreinato del Perú.

El 25 de diciembre de 1615 parte de San Luis la primera expedición portuguesa al Delta del Amazonas. Tiene como instrucciones desalojar los "herejes" y establecer un fuerte en la desembocadura del río Amazonas, que recibe en 1616 el nombre de Belén de Pará. Esta localidad será la base para la expansión portuguesa en toda la Amazonia (Ferreira Reis, 1965, 68).

Los historiadores portugueses señalan que dicha operación, aunque velada en el contexto de la política del Imperio Español, tenía más allá de la protección coyuntural de los intereses del Imperio Español una misión geopolítica secular que incluía la ampliación de la frontera agrícola de la caña y la incorporación de la fuerza de trabajo indígena de la Amazonia a la economía colonial.

En este contexto, en 1621, la Corona española anuló las disposiciones que impedían que los portugueses penetraran en el Amazonas; con su visto bueno se fundó Fortaleza de Gurupá, en el bajo Amazonas -después de destruir un asentamiento del mismo carácter holandés- lo que le permitiría a Portugal controlar la navegación sobre el río Amazonas (Ferreira Reis, 1931, p. 70).

En 1632 los portugueses iniciaron el ascenso del río Amazonas: cinco años más tarde, Pedro Teixeira remontó el Amazonas hasta la ciudad de Quito y establece -en 1639- la población de Franciscana en la confluencia del río Coca con el Napo. Durante su regreso, fue acompañado por el padre Cristóbal de Acuña, que con base en esta experiencia redactó su conocido libro *Nuevo Descubrimiento del Gran Río de las Amazonas* (1641).

Durante 1640, en particular, los portugueses se proyectaron profundamente en la cuenca del río Amazonas. Sus objetivos fueron acelerados por el decaimiento del comercio portugués de especies con el Oriente, el mayor costo de la mano de obra esclava negra y la rápida extinción de la población indígena tupinambá. Se trataba de impulsar la recolección de especies (con el indispensable auxilio de los nativos que identificaban a cabalidad la vainilla, salsaparrilla, cacao, algodón, etc. o "drogas del sertao") y de esclavizar la población indígena de la cuenca.

La punta de lanza fue, en este caso, los padres jesuitas. En 1657 estos fundaron en la desembocadura del río Tarumá, en el Río Negro, la primera gran misión regional con unos 700 indígenas tarumas; estos son distribuidos, en los años siguientes, entre los pobladores del Gran Pará. Al año siguiente, por ejemplo, el mismo provincial de los jesuitas desplazó varios centenares de indígena a las aldeas portuguesas donde son vendidos como esclavos (Ferreira Reis, 1931, 43 ss.).

En 1669 los portugueses fundaron en las riberas del Río Negro la fortaleza de Da Barra de San José en cuyas inmediaciones se instalan indígenas barés, manaos, passé y baniwas, algunos de ellos provenientes del Alto Vaupés (Isana) y del Yapurá (Caquetá), transformándose en aduana para el tráfico de esclavos regional. La escala de penetración portuguesa se sostuvo durante el resto del siglo y la centura siguiente a un ritmo que causó la desaparición de miles de indígenas y de etnias (Wright, 1981, 119 ss.).

B. EL TRAFICO DE ESCLAVOS

Desde la segunda mitad del siglo XVII se inició un proceso sistemático de utilización de la mano de obra nativa que comprendía el desplazamiento compulsivo de las comunidades indígenas a las aldeas portuguesas o la esclavización de los mismos, mediante la "guerra justa" o las prácticas de rescate.

La "guerra justa" era una expedición de carácter oficial destinada al castigo de grupos aborígenes supuestamente rebeldes o acusados de haber dado muerte a portugueses. Las tropas de rescate tenían como finalidad intercambiar bienes o mercaderías con jefes indígenas para obtener a cambio hombres, ya sea de su propio grupo o gente obtenida mediante guerra o intercambio con otras tribus. En este caso se justificaba la acción aduciendo que se libraban de ser comidos por sus enemigos. En los dos casos, el resultado era su utilización prácticamente como esclavos en las aldeas lusobrasileras del Amazonas y del Río Negro. Los indígenas eran llevados a ciertos lugares denominados "arriales" donde se concentraban, antes de ser desplazados o vendidos en las aldeas portuguesas (Wright, 1981, 122 ss.).

Durante la segunda mitad del siglo XVII y primeras décadas del siglo XVIII, la mayor parte de las localidades portuguesas del Río Negro funcionaron como centros de acopio y venta de esclavos (Wright, 1981, 125 ss.).

El régimen laboral tuvo algunas modificaciones legales a lo largo del siglo XVII, pero la práctica del trabajo permaneció más o menos similar para los indígenas "libres". Los indios que habitaban en las aldeas podían trabajar fuera de ella, por un salario --en 1655-- equivalente a dos varas (2 1/2 yardas) de algodón de calidad corriente. Paradójicamente, como ha sido señalado por Hemming, los indios

eran pagados con el mismo producto que producían y era obligados a vestirse para justificar el pago (Hemming, 1978, 414). El precio equivalente de las dos varas de algodón era de aproximadamente 200 reis, una suma irrisoria para adquirir los bienes que el indígena probablemente apetecía o necesitaba. Las crónicas de entonces enfatizan -algo que será repetidamente aseverado- que la única manera de mantener al indígena en las aldeas era por medios compulsivos o de lo contrario éste retornaría a su "vida natural".

En 1680 se prohibió la esclavización de indígenas. No obstante, la fuerza de trabajo nativa seguía repartida entre los colonos de la siguiente forma: una tercera parte debía trabajar para los colonos, mientras que las dos terceras partes debían ayudara los misioneros en sus prácticas de bajanzas de indígenas o en el sostenimiento agrícola y material de las misiones. No obstante, cuatro años más tarde, ante la resistencia de los colonos, la legislación autorizó nuevamente la esclavización de los indios y la existencia de empresas de carácter privado con este fin.

La disputa entre colonos y misioneros por la fuerza de trabajo fue definida por las Regulaciones de las Misiones del Estado del Marañón y Gran Pará del año 1686. Si bien los misioneros mantenían el control absoluto de la mano de obra nativa, y los colonos no estaban autorizados para residir en las aldeas de misión, los indios debían trabajar medio año en los establecimientos de los colonos. El salario fue fijado a la tasa anterior. En 1688, sin embargo, el Rey legalizó la esclavitud de los indios, teniendo en cuenta los altos provechos que la práctica esclavista reportaba para los empresarios y aún para el erario público, ya que el Estado mismo patrocinó y organizó tropas de rescate. Desde entonces, la tendencia de esclavización de los indios se incrementó, contando con la colaboración de ciertos grupos nativos (como los Manaos y, posteriormente, los Guaipunavis) (Hemming, 1978; 414 ss.).

En el Rfo Negro, los Manaos controlaron el tráfico desde 1690-1720. No obstante, en 1723-25, los portugueses desataron una guerra de exterminio contra sus antiguos aliados Manaos, y esclavizaron gran parte de los sobrevivientes. Desde entonces se intensificaron las operaciones directas de los portugueses en el Rfo Negro, alcanzando los ríos Isana, Guaviare, Alto Orinoco, etc. y otros ríos colombianos (Wright, 1981, 139).

Se ha estimado que por lo menos 1.000 indígenas eran esclavizados anualmente durante el período comprendido entre 1728-1755, sin contar los "descimentos" organizados por los misioneros (Wright, 1981, 125). De acuerdo con otros estimativos, basados en el testimonio de un misionero de la época, un número aproximado de 20.000 indios fueron bajados del Rfo Negro durante el período 1740-1750, mientras que el Padre Román estimó, en 1744, en 40.000 los indios del Alto Orinoco-Rfo Negro negociados por los portugueses (Useche, 1984).

El costo humano de estas cifras debe elevarse si se tiene en cuenta que una operación de rescate o captura de grupos nativos suponía -como lo aseveran ciertos misioneros de la época- una pérdida mayor en vidas humanas. Por cada 10 esclavos vendidos debían capturarse 30 personas, las cuales morían en virtud de los desplazamientos, los actos violentos o la depresión causada por el desarraigo de su grupo.

De otra parte, las frecuentes epidemias de viruela y sarampión mermaban aún más la población nativa. Sólomente durante el período 1743-49, una epidemia de viruela tomó más de 40.000 víctimas, dejando completamente desolado la Amazonia, afectando aún más sus posibilidades económicas y sociales (Galvao, 1978, 259).

LAS MISIONES FRANCISCANAS ESPAÑOLAS

A. LOS PUEBLOS MISIONEROS

Como el modelo español de colonización del piedemonte había fracasado, la política de la Corona Española se modificó, cediendo el control de la región a los misioneros franciscanos y a los padres jesuitas. Los franciscanos habían explorado el Putumayo desde mediados del siglo XVII, pero solamente establecieron los primeros pueblos de misión en 1692 en este río. La ciudad de Ecija constituía el punto de partida para las incursiones misioneras.

En 1711, se habían levantado varios centros de Misión en el Putumayo (Nuestra Señora de Chiquinquirá de los Escabellados, San Buenaventura, San Bernardino de los Penes, San José de Pucas, San Francisco de los Piacomos, San Diego y San Miguel de la Coca). En 1721, fueron muertos algunos misioneros, temiéndose una rebelión generalizada de los indígenas y paralizándose totalmente el proceso de misión. Solamente subsistieron dos aldeas. En 1725 las Misiones fueron nuevamente restauradas; se levantaron los siguientes pueblos:

CUADRO 2.
PUEBLOS DE MISION EN 1925

NOMBRE	INDIOS REDUCIDOS	GRUPO INDÍGENA
San Antonio de Padua	303	Mocoa
Arcángel de San Miguel	66	Yaguanongos
San Luis de los Andaquíes	69	Curubaes
Nuestra Señora de los Angeles	80	Chufias
Santa Clara	114	Yapuas

Figeroa, 1986, 34.

Al promediar la mitad del siglo XVIII, se habían refundado algunos antiguos poblados (como Ecija de los Sucumbfos y Agreda de Mocoa) y se habían conformado nuevos pueblos, tales como San Antonio del Caquetá, San Miguel de Sucumbfos, San Salvador de la Horta de los Mamos, San Francisco de los Amaguajes, etc. Incluso, en 1754, los franciscanos fundaron un pueblo denominado San Joaquín en la desembocadura del río Putumayo.

Mientras tanto, los misioneros jesuitas también se habían proyectado por el río Amazonas colombiano. A principios del siglo XVIII existían aproximadamente 38 pueblos en el Marañón, gran parte de los cuales correspondían a los Omaguas, habitantes tradicionales del Trapecio Amazónico Colombiano (Grohs, 1974).

A principios del siglo XVIII, estos últimos pueblos fueron tomados por los portugueses, quienes habían iniciado ya desde 1681 un profundo desplazamiento por el río Amazonas, en el contexto de la situación mencionada en el capítulo anterior. En 1681, por ejemplo, muchos indígenas del río Amazonas habían ascendido por el río para buscar refugio de los esclavistas portugueses y de las grandes epidemias desencadenadas por su actividad (Figeroa, 1904, 417).

La mayor parte de las poblaciones de misión de los jesuitas cayeron en poder de los portugueses, quienes las entregaron a los padres carmelitas y deportaron parte de su población indígena. Como consecuencia de este proceso, los Omaguas se extinguieron prácticamente en las primeras décadas del siglo XVIII, como se advirtió anteriormente.

B. ACULTURACIÓN Y MISIÓN

No contamos con datos que describan la situación económica de los pueblos de misión franciscanos en la primera mitad del siglo XVIII. La vida de las aldeas era relativamente corta. Friede estima que en el lapso de un siglo se fundaron el nada despreciable número de 120 centros de Misión en el Caquetá-Putumayo (Friede, 1948).

La primera dificultad de tipo práctico consistió en la disparidad de lenguas habladas por sus habitantes nativos. Ello fue superado parcialmente, mediante la selección de la lengua siona como lengua general, y su difusión en toda la zona para tal efecto.

De otra parte, los misioneros se percataron que los indígenas se mostraban relativamente sumisos y aceptaban la reducción mientras que se aprovisionaban de herramientas y otras mercancías. Cuando no, declaraban que el padre era "maluco" y con frecuencia desertaban de las localidades, sin que el misionero tuviera la menor disponibilidad de retenerlos. En otros casos, el deseo de las mercancías llevaba a que los indígenas entregaran niños a los misioneros a cambio de mercancías, pero advirtiéndoles a estos últimos que debían ingerir tierra para escapar -por la muerte- al centro de misión y retomar reencamados a la vida nativa.

No obstante la rivalidad de los portugueses, los misioneros del Putumayo fomentaron el comercio con los mismos, a pesar de las disposiciones oficiales negativas a este respecto. Es probable que los misioneros se hubieran dado cuenta rápidamente que solamente mediante el intercambio de bienes a una escala superior que la que ellos podían establecer estimularía la "reducción" de los nativos, aunque al mismo tiempo la existencia de otros proveedores de mercancías debilitaba su posición.

Esta situación llevó a que, posteriormente, se prohibiera por parte de la Corona la existencia de pueblos de Misión en el Putumayo, ya que se acusaba a los padres franciscanos de ser cómplices con los contrabandistas portugueses.

En 1769 apenas había reducido 1.170 indígenas en 10 pueblos distribuidos tanto en el Caquetá como en el Putumayo. Ellos son: Agustiniños, La Concepción, San Antonio, San Francisco, San Diego, Caquetá, Santa Rosa, San Francisco Solano, Pueblo de Caquetá y Santa María (Arcila, 1950, 319).

A partir de 1780, los pueblos de misión declinan. En 1790 las misiones se reducían prácticamente al Caquetá. Entonces había 8 pueblos de misión, con un total de 780. Los misioneros se mostraban incapaces de promover los pueblos y retener la población nativa. Santa María, por ejemplo, estaba habitada, en 1769, por gente tama y payogujes; en 1774, sus principales moradores eran yuris.

Los misioneros no permanecieron impávidos ante esta situación. Fray Juan de Santa Gertrudis, por ejemplo, reflexionaba constantemente sobre la situación de los pueblos de misión, los que consignó en sus famosas referencias sobre el Putumayo, relatadas en *Maravillas de la Naturaleza*. Por qué no prosperaban las misiones en un medio ambiente que era percibido por los mismos misioneros como casi paradisíaco?

Los pueblos de misión habían organizado el trabajo semanalmente. Se diferenciaba entre días de trabajo y días de fiesta. Durante las primeras horas de la mañana y por la tarde, a las cuatro, los nativos recibían instrucciones religiosas. El Padre controlaba la distribución del trabajo y decidía quiénes cazaban y cuándo cazar, pescar o sembrar. Cada sábado se encargaba a cuatro personas de buscar cacería para la semana, y ese mismo día algunos traían leña para el padre o los más jóvenes (hombres y mujeres), agua.

Asimismo, en esa jornada las mujeres iban al bosque a recolectar flores para adornar la virgen y se organizaban procesiones cantadas. Los hombres iban adelante, llevando los estandartes, mientras que las mujeres "llevan -al decir de Santa Gertrudis- las andas y los faroles". En todos estos casos los sacerdotes suministraban las herramientas -hachas, machetes, anzuelos, etc.- necesarias para el trabajo.

Cómo convencer a los hombres que participaran en las labores agrícolas (con excepción de la tala) si se decía que ello -relata Santa Gertrudis- era un asunto de incumbencia femenina. "Las mujeres son las que tienen que sembrar, ellas gestan y paren, pueden enseñar a la semilla y a la planta a reproducirse, no nosotros los hombres que no cumplimos con estos menesteres".

Santa Gertrudis era consciente del fundamento económico simbólico de la misión: "ellos no abrazan la fe por conocer que aquello es verdad... sino sólo porque así se lo dice y enseña el Padre conversor. Y ésto por el interés de los donativos con que los regala de hachas, machetes y chaquiras..." (Santa Gertrudis, 1970).

Santa Gertrudis se percató de la importancia de fomentar la comercialización de ciertos productos forestales -tales como el cacao silvestre, cera, miel, etc.- entre los pueblos del área y Pasto o el Pará. No obstante, sus proyectos encontraban una limitación estructural. Aquella debía hacerse sin contar con los nativos ya que -según su opinión- cuando los indígenas se trasladaban a Pasto sufrían fuertes epidemias que llegaban incluso a matarnos, o por el temor a ser esclavizados por los portugueses se negaban a desplazarse hacia el oriente.

Como consecuencia de estos factores, y sobre todo por la falta de apoyo del Estado español, las misiones sucumbieron. Una rebelión indígena en 1970 terminó con lo poco que quedaba, obligando a los padres misioneros a abandonar los pueblos del Caquetá; San Francisco Javier de la Ceja, en la zona andina, permanecía entonces, como el único vestigio del movimiento misional franciscano (Llanos y Pineda, 1982, 35).

Las misiones fueron asumidas por los padres agustinos. Entonces un nuevo factor desestabilizaba la labor misionera de incorporación del área. En la zona de Concagua y Pacacayo, en las "montañas de Moccoa", se fundó un palenque cuyos habitantes negros participaban con relativa actividad en el comercio regional y hacían de contrapeso a los misioneros "imponiéndoles varias sectas" (Figueroa, 1985, 51).

Un padre agustino acometió la tarea de fundar, en 1794, dos pueblos (San Agustín de Nieto y San Miguel de Moccoa). Temeroso de nuevos levantamientos indígenas, solicitó la conformación de escoltas militares.

En 1806 subsistían en el Alto Caquetá los siguientes asentamientos:

CUADRO 3.
PUEBLOS ALTO CAQUETÁ 1806

NOMBRE	INDÍGENAS REDUCIDOS	GRUPO ÉTNICO
San Miguel de Nieto	79	Sebundoy
San Agustín de Nieto	26	
Concepción de Descance	46	Segundoy, negros, mulatos, etc.
San Rafael de Junquillo	8 familias	Sebundoy

Figuroa, 1986, 54.

Solamente hasta 1807 se vuelven a ventilar planes de colonización. Según el proyecto elaborado por el Padre Javier de la Paz cada año debían desplazarse 16 familias al alto Caquetá, provenientes de Almaguer y Pasto. No obstante, los acontecimientos subsiguientes acaecidos en el resto de la Nueva Granada retrasaron todo intento de colonización del área casi por cien años más.

PASOS HACIA UN ESTADO AMAZÓNICO

A. EL PROYECTO POMBALINO

La llegada de la segunda mitad del siglo XVIII estuvo marcada por una orientación política portuguesa radicalmente diferente hacia la Amazonia. El Estado portugués intentó consolidar un proyecto de Estado Amazónico, valorizar económicamente el área, incrementar las actividades agrícolas e industriales, al lado de las destacadas labores extractivas.

En 1757 Don José I ordenó la conformación de la Capitanía de San José del Río Negro, con sede en Barcelos, en el Río Negro. Simultáneamente, en dicha década se inició la "portuguezación" de la región, o sea, la suplantación de la lengua geral por el portugués como lengua oficial de la zona. El auge de la lengua geral era tal que cuando Mendoza Furtado, hermano del Marqués de Pombal, primer ministro de Portugal, arribó a Belem de Pará -para asumir desde allí la dirección de la Primera Comisión de Límites- tenía dificultades de comunicación con la élite local --aún la oficial-- que dominaba, básicamente, la lengua geral (Bessa, 1983).

Simultáneamente se abordó el problema del control de la fuerza de trabajo indígena y de la definición de las respectivas competencias eclesiásticas y civiles.

En 1755 se expidió el código de trabajo conocido como el Directorio, según el cual la administración de las aldeas pasaban a manos de las autoridades civiles y los sacerdotes ocupaban un papel de párrocos (Ferreira Reis, 1966, p. 132 ss.).

Se estima que en 1751 la Capitanía tenía aproximadamente 100.000 habitantes, conformados en 30.000 grupos domésticos y distribuidos en 46 aldeas. En esa década parte de estas aldeas adquirieron

el estatuto de villa (como Villa de Ega, San Paulo de Olivença, etc.) mientras que muchas localidades y antiguos asentamientos de acopio de esclavos pasaron al estatus de poblados (Loureiro, 1978).

La política económica incluyó la conformación de una entidad naviera (Compañía de Comercio), la constitución de una Intendencia General de Industria y Comercio y el fomento de la producción agropecuaria y "agroindustrial" de cáñamo, añil, tabaco, café, algodón, cacao, arroz. En Barcelos comenzó a funcionar una fábrica de textiles y otra de "olaria" (Loureiro, 1978, 136).

Se importaron algunos contingentes negros y se fomentó la explotación de cacao silvestre con miras a los mercados internacionales, particularmente Amsterdam.

En los años subsiguientes, el crecimiento de la Capitanía fue notable. La producción de algodón pasó de 1.500 arrobas en 1773, a 5.380 en 1779. En 1785 solamente se producían 13 arrobas y 9 libras de añil, mientras que 10 años más tarde (en 1786) la suma ascenderá a 80 arrobas. En 1785, se estima que existía 220.920 cafetales en el Río Negro (Loureiro, 1978, 138, ss.).

En 1792, la capital fue trasladada a Lugar de Barra (hoy Manaus) y bajo la orientación de Lobo d'Alamada se inició un proyecto de industrialización en esta Villa. Por ejemplo, allí se estableció una fábrica de velas, dos fábricas de mallas y redes, una fábrica de añil, una fábrica de textiles que contaba con 157 indias hilanderas, etc. (Reis Ferreira, 1940).

Como ha sido señalado por Santos, no obstante estos esfuerzos el cacao silvestre continuó siendo el principal rubro de exportación de la Amazonia, aprovechando una mayor demanda de éste en el mercado internacional. Desde finales del siglo XVII, la Capitanía General de Venezuela ocupaba un significativo rol en la exportación del mismo. En 1690, por ejemplo, exportaba anualmente 43.750 arrobas; en la década de 1740, la suma ascendería 143.750 toneladas y en 1790, llegó a un total anual de 275.000 toneladas (Santos, 1980, 16).

Si bien, estos toques de producción no fueron alcanzados en la Amazonia, ella respondió a la demanda internacional de cacao, incrementando desde 1730 la recolección del mismo. En ese año, por ejemplo, el volumen total fue de 28.216 arrobas. Pero a partir de mediados del siglo el cacao dió un salto muy significativo aunque no existen estadísticas exactas de su producción. Entre 1756 y 1777 se exportaron 1.331.434 libras/año, ocupando el 61% del total de las exportaciones de la Amazonia (Santos, 1980, 17).

El cacao silvestre predominaba sobre la variedad doméstica ("bravo" vs "manso"), y sobre los cultivos fomentados por el Estado, vale decir, por ejemplo, el café y o el añil.

De acuerdo con Santos, ello se debía a la existencia de una tradición extractiva, la tasa relativamente lenta de maduración del cacao doméstico (5 años) y las dificultades en la consecución de mano de obra local ya que no era, según su concepto, fácil mantener in situ la fuerza de trabajo indígena (Santos, 1980, 14).

Desde 1755, los mercados internacionales del cacao son tomados paulatinamente por el cacao amazónico, lo que coincide además con un alza en las cotizaciones internacionales del mismo en Amsterdam. Esta situación se hace particularmente notoria a partir del año de 1790, de manera tal que el proyecto económico contó con cierto volumen de divisas para fomentar el despegue del "desarrollo" regional. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, Venezuela, el proveedor tradicional, tiene dificultades en el mercado de su producto debido al control del mar por parte de los ingleses, rivales y enemigos de España.

B. CONSECUENCIAS DEL DESPEGUE PARA EL ORIENTE COLOMBIANO

El despegue económico de la Capitanía de San José del Río Negro se realizó penetrando en nuevas regiones e incorporando compulsivamente sus sociedades indígenas. Si bien en la primera mitad del siglo XVIII, gran parte de la fuerza esclavizada provenía del Alto Río Negro, a partir de la segunda mitad de dicho siglo los esfuerzos de los portugueses se concentraron en rescatar indígenas del Vaupés y de la zona comprendida entre Araracuara y los Chorros de Cupatí, cerca a la Pedrera. Esta región constituía el área más noroccidental de la Capitanía de San José de Río Negro, y quizás la única no sistemáticamente recorrida por los portugueses -en el noroeste amazónico- hasta la segunda mitad del siglo XVIII.

Desde 1780 hasta 1800 numerosos pueblos del Yapurá (Caquetá) son forzadamente desplazados a los asentamientos del Río Negro. Por ejemplo, en 1780, medio centenar (55) de passés, jurís y xamás del Yapurá son trasladados a San Antonio de Cst. Velho, en el Alto Río Negro (Wright, 1981, 614); en 1783, para citar otro caso, jurís, passés, uanpés del Yapurá y Vaupés son trasladados a diversos pueblos del Alto Río Negro (Santa Isabel, Tapuruacuara, Cuanné, San Miguel, San Pedro), de la misma región (Wright, 1981, 614). En los años subsiguientes las poblaciones del Apaporis, Mirití, Cahuarí, Caquetá, Putumayo, serían deportadas también al Río Negro o al Medio Amazonas. En la Fortaleza do Barra (germen de Manaus) había, por ejemplo, en 1820, indios Macuna, Vainumá, Miraña, etc., llevados desde esta región. Coretú, Manaus, Passé, Uainumá, entre otros, se encontraban en lugar de Ayrao en el Río Negro, así como en Villa de Barcellos, entre otros lugares (Llanos y Pineda C., 1982, 71).

Así mismo, muchos indígenas fueron llevados a los pueblos del Medio Amazonas. Tefé, por ejemplo, había sido establecido con indígenas Coeruna, Miraña, Uaupí, etc., del área Araracuara-Cupatí... Así mismo se encontraban numerosos indígenas Caiari, Miraña, Yucuna, en Caiçará, una aldea situada en la parte baja del río Caquetá (Llanos y Pineda C., 1982, 65).

El Yapurá, en particular, permanecía relativamente --en la segunda mitad del siglo XVIII-- fuera del control portugués debido a la presencia de los indígenas Muras que ponían en peligro las rutas por el río y los asentamientos por el Río Silimoes. En parte con el propósito de establecer una valla de contención y en parte para propiciar la "pacificación de los muras" y la ocupación del Caquetá se fundaron, entre 1764 y 1765, las localidades de Macapiri, San Matías y San Antonio de Mapiri, en esta vía. Desde tiempo atrás funcionaba también en la parte baja del río la citada población de Caiçara, como centro de acopio de esclavos indígenas traídos del Caquetá.

Los portugueses mantenían algunos centros esclavistas o "arraiales" en el Apaporis, con el fin de concentrar allí los indios apresados; al parecer algo semejante ocurría en el río Miritiparaná. Los indígenas yucunas y anianás fueron desplazados a San Matías, mientras que la gente miraña y uainumá, de la banda meridional del Caquetá, eran sistemáticamente llevados al medio Amazonas. En 1808, los portugueses fundan el pueblo de San José del Príncipe en la desembocadura del río Puré en el Caquetá --con gente yuri, jama y coretu--, pero todos estos poblados desaparecerán en la segunda década del siglo pasado (Llanos y Pineda, 1982, 72).

El Caquetá operaba como centro de abastecimiento de esclavos, o sea como proveedor de fuerza de trabajo a las aldeas portuguesas. En algunos casos, no obstante, los jefes de ciertas aldeas (como Manacuru) cedían de forma temporal parte de su personal a los lusitanos, para que trabajasen en Tefé u otras localidades lusobrasileras. Sin duda alguna, esta relación periférica pero profundamente dinámica modificó el panorama indígena regional.

Durante el siglo XVII y XVIII --como anotamos-- la economía extractiva tomó la modalidad de expediciones de búsqueda de "drogas del sertão". Estas estaban conformadas por grupos indígenas que

se movilizaban en diferentes áreas y de forma dispersa extraían los recursos del medio -ya sea especies, madera, aceite de tortuga, etc., o cacao silvestre- a cambio de ciertos bienes o, eventualmente, de un salario reconocido en especies.

Como ha sido señalado por Barbara Weinsten ((1983, 10) esta situación era un compromiso entre los colonos blancos deseosos de exportar bienes y los varios problemas planteados por el medio ambiente. (La dispersión de los ejemplares o individuos de una misma especie).

En un contexto espacial de grandes dimensiones, y con este tipo de forma de penetración económica, los colonos portugueses se preocuparon ante todo, en controlar la fuerza de trabajo y los recursos comerciales. La sociedad colonial portuguesa en la Amazonia se fundó, entonces, no sobre el rango social de la posesión de la tierra, sino por la inserción en las cadenas del tráfico de esclavos o de especies silvestres. De esta manera, cuando un producto como el cacao tuvo su oportunidad en el mercado internacional, la respuesta más adecuada -desde el punto de vista local- no era la explotación doméstica del producto -en forma de plantación- sino utilizar intensivamente la población indígena disponible o los pequeños grupos negros que habían podido ser importados como resultado de la bonanza cacaotera.

Cuando el precio del cacao decayó -en los primeros años del siglo XIX- la Amazonia había reforzado sus relaciones sociales tradicionales. Millares de indígenas habían sido movilizados o deportados en pos de la extracción de cacao. Entre ellos --como vimos-- los habitantes de las regiones amazónicas más orientales de nuestro país.

LA CONSTITUCIÓN DE LA ECONOMÍA GOMIFERA

A. CRECIMIENTO Y CARACTERÍSTICAS DE LA EXTRACCIÓN DE SIRINGA

La colonización de la Amazonia tuvo un considerable retroceso durante el siglo XIX. El precio del cacao en el mercado internacional declinó considerablemente. Una epidemia de viruela acaecida en 1819 asoló la ciudad de Belém de Pará y otras localidades de la zona. En 1835, las epidemias volvieron a afectar la región (Santos, 1980, 60). No obstante, la decadencia general de la Amazonia estuvo aminorada por una pequeña producción de caucho que desde 1825 tenía un volumen relativamente importante.

CUADRO 4.
EXPORTACIÓN DE CAUCHO - 1825/ 1860

AÑO	TONELADAS
1825	93
1834-35	175
1839-40	418
1849-50	879
1859-60	2531

Santos, 1980, 52.

En 1853 la producción en la Provincia del Amazonas era tan sólo de 1.5 toneladas, en contraste con 365 toneladas para la misma exportadas por el Pará. A partir de esa fecha la producción de caucho natural se incrementará notablemente alcanzando en 1860 la suma de 200 toneladas, y 1.361 toneladas en 1870 (Santos, 1980, 72).

Hasta entonces la extracción del caucho silvestre se hacía, básicamente, con fuerza de trabajo indígena; los indios también asumían las labores de caza, pesca, transporte y provisión de leña. En 1870 -al unsono de un incremento notable en la demanda internacional de caucho silvestre (y, por consiguiente, del valor del kg de caucho)- se produce (correlacionado con las sequías del nordeste brasilero) un movimiento masivo y de enganche a gran escala de campesinos hacia la Amazonia.

Esto cambia el panorama demográfico y social de la región. "Al aproximarse el fin de la década del setenta, el permanente problema de escasez de mano de obra asumió una forma aguda... la producción no llegaba a las 10:00 toneladas y los otros ramos productivos parecían haber alcanzado el límite práctico de la capacidad de ceder personal para la frontera gomífera. Por esa altura, el consumo mundial de borracha se situaba entre 8.000 y 10.000 toneladas (Santos, 1980, 76). En los años subsiguientes crecerá considerablemente.

CUADRO 5.
EXPORTACIÓN DE CAUCHO DEL AMAZONAS, 1855-85
(toneladas métricas)

AÑO	EXPORTACIÓN
1855	2197
1860	2672
1870	5602
1880	9080
1885	12322

Weinstein, 1983, 52

Las relaciones de producción del caucho reforzaron los modos tradicionales de extracción e intercambio. En la base de la pirámide estaban los siringueros. Estos generalmente estaban distribuidos de forma dispersa a lo largo de los ríos, y solos o junto con sus familias acometían la tarea de recolectar el caucho. Generalmente un siringuero se hacía cargo de dos estradas, cada una de las cuales disponía de 100 a 200 árboles de hevea. Las estradas tenían forma de gaza o lazo doblado, de manera tal que al seguir la trocha se regresaba nuevamente a la casa.

En las horas de la mañana se dedicaba a rayar los árboles; volvía al medio día a consumir su primera comida. La tarde estaba dedicada a la recolección del latex y a la coagulación del mismo, usando un método tradicional indígena "the tapper palced burnings palms nuts beneath and inverted cone open at the top; then using the stream of oily smoke the spewed forth opening, he gradually coagulated the latex, rotating it slowing on a long-handled wooden paddle" (Weinstein, 1983, 16), produciendo diversos tipos de goma según el grado de impureza.

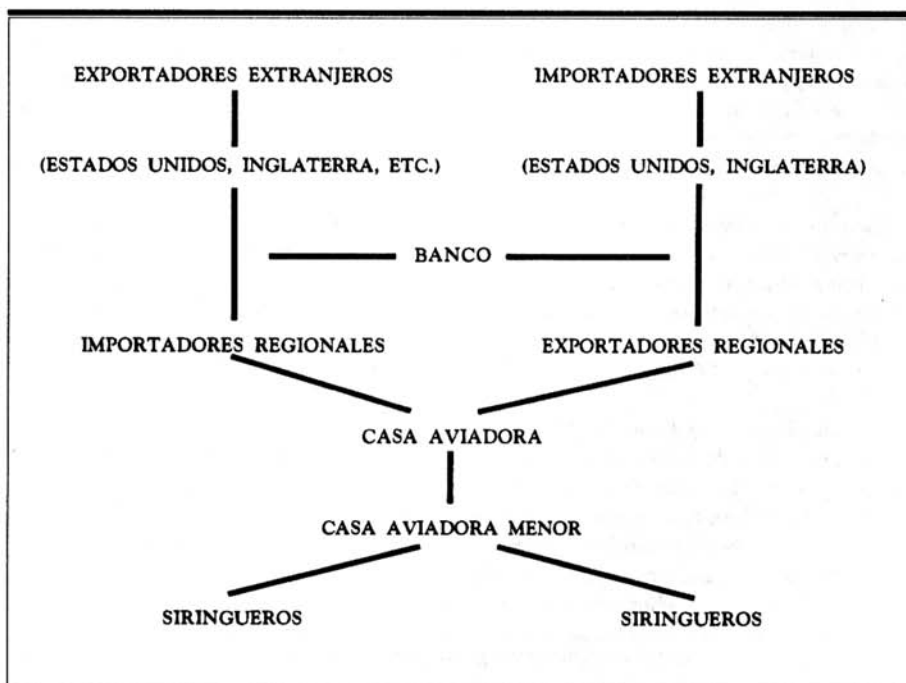
Los sábados y domingos el siringuero se dirigía a la casa del patrón o del siringalista, donde entregaba la goma a cambio de ciertas mercancías, o cancelaba ciertas deudas en caucho, anteriormente contraída. La regla del negocio era la ausencia de dinero en la transacción. Toda la cadena

operaba con base en un circuito de crédito, que abarcaba al cauchero, la casa aviadora o la casa matriz en Belem de Pará o Manaos.

La casa aviadora constituía el engranaje clave de todo el negocio. Generalmente el aviador cobraba una comisión del 50% del valor del caucho por la comercialización y afectaba las mercancías que a cambio entregaba con porcentajes mínimos del 20%. Las casas prestamistas se encontraban, asimismo, jerarquizadas, según su capacidad comercial. Poseían una estructura polifuncional: se encargaban de la venta del caucho (cuándo y a quién), pero simultáneamente distribuían la mercancía traída del exterior por las Casas Importadoras.

Si bien la tecnología de extracción fue "primitiva" o rudimentaria, la estructura de comercialización alcanzó un nivel de complejidad considerable. De acuerdo con Santos, tenían este tipo de estructura:

CUADRO No. 6
ORGANIZACIÓN INDUSTRIAL DEL CAUCHO
INGLATERRA, E.U.A.



Adaptado de Santos, 1980, 128.

Las casas Aviadoras entregaban sus provisiones de caucho a las Casas Exportadoras, quienes la cancelaban diferidamente, una vez que habían colocado el caucho en el mercado internacional. A su vez, las compañías importadoras de bienes, asociadas con capitales internacionales, daban crédito a las casas aviadoras, quienes a su vez la comercializaban localmente. La propiedad fundamental del sistema radicaba --como se dijo-- en la ausencia del dinero en las transacciones.

B. IMPACTO SOBRE LAS COMUNIDADES INDÍGENAS: EL CASO MUNDURUCU

El impacto del ciclo del caucho sobre las comunidades indígenas en la Provincia del Amazonas ha sido, hasta la fecha, poco estudiado. La carencia de este tipo de trabajos es todavía muy significativa si tenemos en cuenta que hacia 1850, la población indígena todavía constituía la mayor parte del componente poblacional del área.

No obstante, el análisis de la situación de los indígenas Mundurucú puede darnos una idea del proceso experimentado por algunas de dichas comunidades.

La gente Mundurucú fue una importante y numerosa población nativa que habitaba la zona media del río Tapajos, un afluente del Amazonas. Su lengua ha sido clasificada como perteneciente a la familia Tupí, pero todavía su clasificación lingüística es incierta.

Durante el siglo XVIII, fue un poderoso aliado de los colonos portugueses: se integró a la estructural comercial colonial, proveyendo aquellos con mandioca (fariña) y esclavos. Asimismo, los mundurucú fueron los principales aliados de los portugueses en la guerra contra los mura, un aguerrido grupo nativo localizado en el medio Amazonas, Caquetá, y otros ríos, que impedía y amenazaba la expansión portuguesa por el alto Amazonas y el río Yapurá. Aquellos también ayudaron a los portugueses en su lucha con otros grupos rebeldes y estuvieron a su lado para sofocar la rebelión popular de los "cabanagen".

La localidad típica mundurucú estaba conformada por una aldea circular, con una casa de hombres en el centro. Las mujeres vivían en sus respectivas casas, con su prole; plantaban y cosechaban yuca brava, además de cocinar y otras labores. Los hombres cazaban e iban a la guerra. Estos residían en la Casa de Hombres, en la cual dormían y comían. Los hombres tenían también el control sobre la vida ritual -particularmente el culto de trompetas-. Estas permanecían en la casa de hombres y no debían ser vistas por las mujeres y niños (Murphy, 1960).

De acuerdo con Robert Murphy (1960) el grupo local estaba dividido en segmentos patrilineales y tenían una forma de residencia, en el siglo XVIII, patrilocal. Murphy ha sostenido que en virtud del incremento de la producción de yuca --para el mercado regional-- se modificaron los patrones de residencia tradicional, ya que era necesario retener a las mujeres en la localidad y mantener la unidad de producción: el patrón de residencia se orientó a la matrilocalidad con las consecuencias mencionadas. De esta forma, los hombres se vieron obligados a desplazarse a las comunidades de sus esposas, donde encontraron a otros hombres provenientes de diferentes linajes. Así que la Casa de Hombres local no representaba un linaje homogéneo masculino sino una "Casa Club", que tenía una función militar potencial más allá de la vida local ⁽¹⁾ (Murphy, 1960, 76 ss.).

Aún así, sea cual fuera la verdadera naturaleza de la sociedad mundurucú precolonial y el impacto del comercio portugués en su organización social, en 1870 la comunidad producía y comercializaba grandes cantidades de fariña (harina de yuca) para el exterior. Esta era comprada por caucheros de la región, ya que la fariña era un alimento básico para sostener la vida de los siringueros y de ellos mismos en los "fábricas". No obstante, todavía para esa época entre los nativos la división tradicional de trabajo continuaba siendo similar a la anterior, excepto que la intensidad de la guerra había disminuido. Los hombres tumbaban el bosque y, después, las mujeres se encargaban de cultivar, cosechar y transformar la yuca brava en fariña (Murphy y Steward, 1981, 211).

Como consecuencia de la creciente demanda de fariña, las mujeres ejecutaban y llevaban a cabo las labores más pesadas al interior de la comunidad. El "aviador" entregaba a los jefes de las aldeas munduruú diferentes bienes y mercaderías, las cuales eran distribuidas entre su gente. De acuerdo con el sistema de trueque tradicional y el sistema de endeude, el jefe debía, a su vez, pagar a los comerciantes con fariña.

En 1880, cuando el boom del caucho se consolidó, las relaciones entre caucheros, comerciantes e indígenas se incrementó. Tradicionalmente, los hombres durante el verano se trasladaban cerca de los ríos para pescar. Ahora, al contrario, muchos de ellos comenzaron a rayar caucho en esta temporada, e incluso un número significativo de ellos se trasladó junto con sus familias a ciertos gomales. Durante el período de lluvias --cuando la recolección de látex era difícil o imposible-- aquellos regresaban a sus comunidades de origen.

Durante los primeros años, dicha situación no alteró los patrones de producción. Los mundurucú continuaron tumbando y sembrando yuca, entre otros productos, de forma tradicional. Gran parte del tiempo que ellos asignaban al trabajo en los gomales se hacía en sustitución de las antiguas energías invertidas en la guerra o en la tumba y cosecha de grandes plantíos de yuca. Posiblemente un incremento de la productividad debido a un uso más intenso de herramientas de aceros permitía también aligerar parte de sus actividades productivas tradicionales (Murphy y Steward, 1981, 211).

En el curso de dos décadas, esta situación se modificó porque un número cada vez mayor de familias se trasladaban a los siringales y permanecían allí más tiempo. Los desplazamientos se hicieron continuos ya que la localización de los siringales estaba con frecuencia a varios días de distancia de sus comunidades, en el interior del bosque. En este proceso, como era de esperarse, los siringalistas proveían con más mercancías a los nativos, esperando caucho en retorno. Como consecuencia las familias nucleares indígenas quedaron endeudadas con la barraca.

Concomitantemente, los jefes nativos perdían poder, mientras que el aviador asumió muchas de sus funciones en la producción e intercambio. Las familias encontraron cada vez más obstáculos para regresar a sus comunidades, rompiéndose su participación en la producción tradicional y, por ende, inhabilitándose para tener sus cuotas en la distribución de alimentos y otros productos de su comunidad. De esta forma, caían aún más en dependencia con relación al aviador, ya no sólo en cuanto provisiones de herramientas y mercadería sino, también, de alimentos.

En 1900 muchos indígenas habían roto sus lazos sociales y económicos con la comunidad. Desde el punto de vista económico, la familia nuclear se constituyó en la unidad de producción y tuvo que asumir el costo de su propia reproducción social, sin ningún soporte comunitario. Así que numerosas comunidades se desintegraron en un breve lapso de tiempo.

Simultáneamente algunos grupos mundurucú se trasladaron a los centros de Misión. En ellos, la familia nuclear trabajaba en los cultivos tradicionales, además de la pesca y recolección del caucho. Pero en el nuevo contexto social surgieron numerosos conflictos internos y acusaciones mutuas de brujería, una situación que se había agravado por la carencia de mecanismos tradicionales para resolver las disputas. Esto impulsó a numerosas familias a trasladarse a otros centros de misión o a establecerse, aisladamente, en áreas de cauchería.

Con el paso de los años, la relación entre indígenas y aviadores fue institucionalizada en un nuevo marco social: los nativos y caucheros se inscribieron en una relación de afinidad o de compadrazgo, personalizándose la relación laboral. Eso incrementó las lealtades mutuas, en una relación de hecho asimétrica. Como en toda relación de compadrazgo, definida por una naturaleza diádica y general-

mente asimétrica, las relaciones entre compadres comprendía aspectos económicos, sociales y rituales. Por ejemplo, los "aviadores" tenían la obligación moral de financiar la celebración de los cumpleaños de sus ahijados, la compra de vestidos para su comadre o la hospitalización de la familia. El indígena debía pagar estos servicios en caucho, manteniendo lealtad laboral con su patrón, en el marco de sistema de endeude. En este contexto, el parentesco ficticio generado por dicha relación de tipo clientelar hacía aún más perder importancia económica y social a la familia extensa indígena o a los lazos -de parentesco- que unían a los miembros de una localidad en particular.

C. LA EXPLOTACIÓN DE QUINA EN EL PIEDEMONTE COLOMBIANO

El alto Amazonas colombiano -particularmente el área cursada por el río Putumayo- fue a lo largo del siglo XIX, pero sobre todo desde su segunda mitad, recorrido por comerciantes pastusos o brasileros, con el ánimo de fomentar el comercio entre Colombia y la región amazónica brasilera o para --como en el caso de los traficantes brasileros- capturar o rescatar esclavos indígenas con el objeto de venderlos en las localidades del medio o bajo Amazonas, o en el Río Negro.

Sin embargo, solamente a partir de 1870, y en el ámbito del ciclo de la extracción de la quina en Colombia (1850-1880) se fundaron algunas firmas en el alto Putumayo, con el propósito de explotar sus quinas de forma intensa. En este contexto, sobresalió la Casa Elías Reyes Hermanos, la cual se constituyó, sin duda, en la empresa más importantes de la región entre los últimos años del 70 y los primeros del 80 del siglo pasado.

En 1874, Rafael Reyes emprendió un viaje a Brasil a través de los ríos Putumayo y S para explorar las posibilidades comerciales en el Amazonas brasilero. Como consecuencia de su exitosa visita al Emperador Pedro II, Reyes obtuvo la concesión de libre navegación por el río Putumayo y el Amazonas, la exención de los derechos de importación y exportación, y conformó la primera flotilla de embarcaciones de vapor que bajo bandera colombiana navegó dichos ríos (Domínguez y Gómez, 1990, 62). El área de explotación de la compañía abarcaba toda la zona boscosa localizada entre los ríos Orteguzaza y el Putumayo, hasta la población de Descansé, al occidente (Domínguez y Gómez, 1990, 65). Una parte de los trabajadores estaba conformada por indígenas de la región o por numerosas personas del interior enganchados en el Tolima, Cauca, Nariño, Boyacá, etc.

Los indios eran remunerados con mercancías a cambio de productos alimenticios, madera para los vapores, quina y otros recursos silvestres; parte de su trabajo consistía en trasportar la corteza de quina desde Mocoa, en la espalda, hasta el puerto de guineo; a partir de allí era llevada -en canoa- hasta La Soffa o Cuembí, donde era embarcada en un vapor fletado en Pará. Esta operación, de acuerdo con el mismo Reyes, era "extremo laboriosa, porque desde el lugar donde se extraían las quinas hasta el puerto de Guíneo, gastaba un trabajador llevando un quintel o quintal y medio de quina en sus espaldas ocho días y como el cargamento del vapor era de mil quinientos quintales, había necesidad de gran número de aquellos para preparar en la fecha fijada dicho cargamento" (Reyes, 1986, 208-209). Las distancias eran considerables: "el viaje de vapor del Pará hasta Cuembí (donde atracaban los barcos de vapor de un calado no mayor de cuatro pies) remontando las aguas del Amazonas y luego las del Putumayo, demoraba entre 52 y 60 días, dependiendo de diferentes circunstancias que se presentaran (Domínguez y Gómez, 1990, 69).

Así se conformó un movimiento fluvial considerable que unió los centros quineros colombianos con los puertos brasileros. La Casa Reyes, además, aprovechaba el transporte fluvial no sólo para colocar la corteza de quina en el Brasil, sino también para importar diferentes bienes que eran entregados a sus propios trabajadores o vendidos en Mocoa o Pasto.

En este contexto, Mocoa se constituyó en el epicentro de las actividades comerciales del alto Putumayo y de convergencia de la actividad quinera. Por entonces, según un testigo de la época, se habían instalado numerosos comerciantes y se habían abierto diversas tiendas y almacenes. A través de un buque de vapor llegaban mercancías extranjeras y "partidas de mulas y bueyes recorrían los caminos y cruzaban las calles" (Rocha, 1905, 33). Sin duda, Mocoa atravesaba por una buena época, y sus habitantes -incluso "gente refinada del interior"- sacaban buen provecho de ello. No obstante, no todo era color de rosa: diversas comunidades indígenas fueron atacadas por fiebre y epidemias importadas por los blancos, multiplicadas por los mayores contactos, e incluso por las esporádicas pasadas de los barcos por las localidades indígenas más tradicionales en búsqueda de alimentos, provisiones o leña para sus vapores (Reyes, 1986, 16).

En 1884 el precio de la quina en el mercado internacional descendió radicalmente, como consecuencia de la exportación mundial de quinas orientales (Java, India, Ceilán) (Ocampo, 1984, 282, ss.); la rentabilidad de la actividad extractiva fue, entonces, prácticamente nula; la mayoría de las inversiones fueron abandonadas. De acuerdo con Domínguez y Gómez, la Casa Reyes no sólo se vio obligada a retirarse, sino que abandonó "grandes cantidades de quinas ya extraídas, y quedaron cesantes numerosos trabajadores" (Domínguez y Gómez, 1990, 74). Una parte de los quineros dedicarían sus energías a la extracción de otro recurso silvestre, el látex de Castillo, que por entonces ya se había valorizado en el mercado internacional. La explotación quinera, aunque fracasada, abrió el camino --la experiencia, cierta infraestructura, las conexiones, etc.-- para que un grupo de inmigrantes asumiera el reto de extraer caucho.

D. EL CAUCHO EN LA AMAZONIA COLOMBIANA

Debido a los bajos rendimientos del látex del Castillo, los caucheros optaron por talar las existencias del mismo; la goma se transformaba -como en Perú- en planchas o andullos, y se llevaba el producto a Pasto e Iquitos. La tala masiva de Castillo puso en peligro la estabilidad misma de la actividad, obligando a los caucheros a desplazarse cada vez más hacia el oriente. A pesar de las objeciones del gobierno y de la Sociedad de Agricultores de Colombia, los caucheros argúan que el procedimiento mencionado era el único que garantizaba una tasa de ganancia aceptable.

La mecánica social de esta expansión está bien explicada por Joaquín Rocha:

Cuando se encuentra una tribu de salvajes o no se conocían antes, o no habían tenido trato con los blancos, se dice que la ha conquistado el individuo que logra entrar en negocios con los indios de esa tribu y conseguir que le trabajen en extracción de caucho y que le hagan sementeras y casa, en la cual se queda a vivir en medio de ellos. A estos indios al entrar así en la grande y común labor de las gentes civilizadas, se les puede considerar como ya incorporados en la civilización. En efecto, muchos de ellos aprenden a hablar el castellano; al paso de algún sacerdote por esos lugares reciben el sacramento del bautismo; a veces además el del matrimonio y toman nombre cristiano para hacerse conocer con éste de los blancos; unos cuantos de esos mismos indígenas salen a las poblaciones de estos y adquieren insensiblemente ideas y conocimientos nuevos y alguna de las necesidades de la gente civilizada. A cambio del caucho que extraen y del trabajo en las huertas y como bogas, recién del conquistador lienzo, herramientas para el trabajo y espejos, chaquiras, agujas y otras brujías.

Pero no es lo más frecuente que los salvajes, perezosos de suyo y gentes de mínimas necesidades, se rindan a las artes de la persuasión y convengan en trabajar para los

blancos y vivir en continuo trato con ellos. El solo hecho de probar a persuadirlos basta en muchas ocasiones para que la tribu se ahuyente y vaya a fijar su residencia a ignotos y lejanos lugares. así, pues, si antes se presenta alguna manera de sorprenderlos con artificios y estratagemas, para apoderarse de sus habitaciones y tener en los primeros días a sus mujeres e hijos (los de los indios) como en rehenes, de seguro será ese el medio empleado por el astuto conquistador (Rocha, 1905, 102-103).

Como consecuencia del corte masivo del "caucho negro" en el alto Caquetá-Putumayo, el alto Amazonas colombiano sufrió un proceso de depauperización general. De acuerdo con Rocha, a principios del siglo el esplendor de Mocoa se había marchitado: "Los comerciantes y compradores de caucho habían emigrado porque no había ni qué vender ni a quién comprar" (Rocha, 1903, 34). La explotación de la goma se fundaba en una cadena de créditos desde la ciudad de Neiva hasta la parcialidad indígena. El indio estaba endeudado con el cauchero; éste, con el abastecedor de mercancías en Mocoa, y el comerciante con los mayoristas de Neiva. Entonces el látex se vendía en Neiva, desde donde se exportaba, a través del río Magdalena. La crisis de la explotación se incrementó por una circunstancia de orden público: la Guerra de los Mil días, como consecuencia del conflicto se concentró el capital financiero y comercial en unas pocas personas en la ciudad de Neiva; esta situación fue aprovechada por dichos individuos para imponer intereses y precios onerosos al intermediario cauchero; aquellos, a la vez, compraban la goma a precios bajos. (Rocha, 1905, 56-57.)

En la Amazonia colombiana el transporte constituía una de las mayores dificultades para la rentabilidad del negocio: se invertían de Puerto Asís a Manaos por lo menos 10 días en un buque de vapor; la jornada era aún mayor a la ciudad de Iquitos. el caucho extraído del Vaupés, para citar otro caso, se sacaba a lomo de mula y en bueyes hasta San José (del Guaviare). Desde allí, con frecuencia, se negociaba a través del Bajo Vaupés y del río Negro -utilizando los indígenas como cargadores y bogas- hasta alcanzar la ciudad de Manaos. Esta dificultad se planteaba también para aprovisionarse de mercancías. El cauchero y sus trabajadores (blancos e indígenas) invertían parte considerable de sus utilidades e ingresos en diferentes actividades que pueden ser designadas como de "consumo conspicuo y ostentoso".

"Cuando llegaba el verano, salían los caucheros por centenares a entregar sus artículos en Tres Esquinas. Nociendo en las casas, levantaban ranchos y tiendas en las playas del puerto de la agencia, y de allí consumían el fruto de cuatro o cinco meses de trabajo en conservas extranjeras, en cerveza, vinos generosos y champaña, cuando los había y, agotados los licores finos, continuaban con aguardiente, orgías que duraban algunas semanas. Y en esas orgías no faltaban mujeres, atraídas, a despecho de las fiebres y el penoso viaje, del Tolima (...). Retirábanse los caucheros endeudados a sus casas, para volver a sacar más caucho... (Rocha, 1903, 57-58). (Cf. también Friede, 1953, cap. XVII).

En esta ocasión existía el agravante de la depresión económica nacional; y con la dificultad de hallar otras fuentes gomíferas en las zonas adyacentes, se paralizaba su labor.

Dichas circunstancias motivaron aún más el desplazamiento de diversos caucheros hacia los territorios orientales, donde un precario comercio y ciertas incursiones previas ponían de presente la presencia de ciertas oportunidades, para continuar con la actividad extractiva. Estas zonas, de otra parte, estaban habitadas por una numerosa población indígena, la mayoría de la cual apenas había tenido contactos con la civilización "blanca", si bien tenían conocimiento de la misma a través de redes de comercio o de tradiciones orales.

E. EL CAUCHO Y LA COLONIZACIÓN DEL CAQUETÁ

Una parte considerable de los antiguos caucheros permanecieron en el Alto Caquetá-Putumayo, conformando el núcleo de colonización de la misma. A diferencia de los caucheros, estos colonos se interesaron en valorizar la tierra, mediante su cultivo y otras mejoras, y por la titulación de la misma. En 1917, por ejemplo, Mocoa había recobrado parte de sus actividades, pero esta vez como centro agropecuario. Tenía 119 casas con un total de 678 personas. Contaba con un área de 180 ha. taladas, dedicadas al cultivo de yuca, caña de azúcar, plátano, maíz, etc. En el caserío de Aguatico, entonces perteneciente a Colombia, había 35 casas con un total de 269 personas; a sus alrededores se había talado un total de 93 ha. dedicadas a la agricultura; sus habitantes lavaban oro en los ríos cercanos. Algunos caseríos del Putumayo comenzaban a tomar forma como pueblos de colonización; se estima, por ejemplo, que los mismos tenían un total de 52 casas con 373 pobladores, y 93 ha. sembradas en plátano, arroz, yuca, etc. Sus habitantes articulaban, no obstante, las labores agropecuarias con ciertas actividades extractivas (Archivo Nacional, Colonización y Baldíos, T. 41, 46).

El núcleo de colonización más importante se desarrollaba en el Caquetá. Florencia se había formado con los caucheros que experimentaron la depresión mencionada, mediante la apropiación de tierras "baldíos". En 1916, los habitantes del Caquetá se dedicaban sobre todo a la explotación agrícola, cultivando cacao, tabaco, caña de azúcar, algodón y fomentando la cría de ganado en pastos artificiales. Se estimaba que Florencia en dicho año tenía aproximadamente 2.000 ha. dedicadas a la ganadería y 204 ha en cultivos de plátano. solamente las tierras alledañas a la población tenían un valor económico, mientras que el resto eran consideradas como terrenos baldíos. Entonces Florencia estaba comunicada con Guadalupe, a través de un camino de herradura que llegaba hasta el río Orteguzza, mediante un tramo de 105 km (Colonización y Baldíos, T. 39, 133 ss.).

Al lado de Florencia, crecían también, otras localidades. en 191, por ejemplo, San Vicente tenía una población de 500 colonos dedicados a las actividades agropecuarias. Tenía 10 hatos ganaderos de 200 ha. de extensión con un total de 400 reses; parte de sus habitantes extraían caucho y seje. Puerto Rico, por su parte, albergaba un total de 25 familias dedicadas a la agricultura y unas 300 ha. de pasto con 150 reses. Estas poblaciones se encontraban comunicadas entre sí con caminos y torchas en diverso estado (Colonización y Baldíos, t. 39).

En 1917, los frentes de colonización del Caquetá ya se habían consolidado. Florencia tenía 4.500 personas; San Vicente, 1.800; Andaquí, 800; Niña María, 700; Pro Rico, 200. Parte de su población consistía en indígena aculturados. Todas las tierras eran "baldíos"; con excepción de unos pocos hacendados casi todos sus habitantes eran pequeños colonos que explotaban sus propias parcelas mediante su trabajo, transformándolas en predios privados (Colonización y Baldíos, t. 41, 47).

EXPANSIÓN DE LA FRONTERA EXTRACTIVA

A. LOS NUEVOS BARRACONES

Los caucheros se desplazaron, como se dijo, hacia las tierras orientales en busca de caucho. Estos caucheros encontraron condiciones de explotación peculiares en relación con lo que sucedía simultáneamente con el resto de la cuenca amazónica.

En el Medio y Bajo Caquetá-Putumayo, las calidades de caucho local eran inferiores a *Hevea Brasilensis*, pero al contrario de otras áreas de la Amazonia -donde había escasez de fuerza de trabajo, al menos, el equilibrio entre oferta y demanda era precario- la región disponía de una abundante fuerza de trabajo, libre de otro circuito laboral regional. de otra parte, la fuerza laboral indígena estaba organizada en comunidades con sus propias autoridades, lo que aparentemente facilitaba su movilización. Sin embargo, las poblaciones mantenían su relativa autonomía y muchas de ellas se comunicaban en lenguas extrañas para los caucheros. Aquellas carecían de una economía monetarizada, por lo cual se prestaban de forma ventajosa al sistema de endeude.

El bajo Caquetá-Putumayo había sido, hasta finales del siglo pasado, un territorio de refugio, relativamente aislado, a pesar de haber constituido un foco importante para las actividades esclavistas. En términos generales, se puede decir que las áreas interfluviales permanecían fuera de la influencia directa de la civilización occidental -a no ser por las consecuencias del tráfico de hombres. A finales del siglo pasado penetraron diversos caucheros en la franja comprendida entre Caquetá y Putumayo, fundando diversos centros o barracones en los ríos Igaráparaná y Caráparaná.

Hacia el año 1890, de acuerdo con Mary Figuero, existían los siguientes centros caucheros:

CUADRO No. 7.
CENTROS CAUCHEROS CAQUETÁ-PUTUMAYO 1890-1900

NOMBRE	LOCALIZACIÓN
Tagua	La Tagua (río Caquetá)
Remolino	Bocana de río Jiraira, afluente del Caquetá.
Santa Bárbara	Río Caquetá
Santa Helena	Cerca Bocana río Caguán
Peña Roja	[?]
Puerto Pizarro	[?]
Delicias	[?]
Cuemañi	Sobre el río del mismo nombre.
Curillo	Cabecera del río Curillo, afluente del río Yarí.
Yarí	Banda izquierda del Yarí
Tres Esquinas	Confluencia del río Ortegaza y del río Caquetá
Mecaya	Confluencia del Mecaya con el Caquetá

Pto. Príncipe	Sobre el río Caquetá, cerca a la desembocadura del río Caquetá.
Numancia	Cabecera del río Caráparaná.
Piedras	Puerto Cuira sobre el río Caquetá
Lunas	A tres leguas del anterior.
Cuemañí	Sobre el río, afluente del Caquetá, está entre los ríos Caguán y Yarf.
Los Monos	De la confluencia del Cuemañí en el Caquetá 4 kms hacia abajo.

Adaptado de Figueroa, 1986, (94-95).

En 1901 había por lo menos siete centros caucheros en el río Caráparaná (Puerto Colombia, Puerto de las Piedras, La Florida, El Encanto, El Loco, Argelia, Cauduyas) con trabajadores huitotos; algunos otros barracones se habían fundado en los ríos Igaráparaná, Cahuinarí y otros afluentes del Caquetá.

CUADRO NO. 8 AGENCIAS CAUCHERAS EN 1901

CAMPAMENTO	LOCALIZACIÓN	GRUPO ÉTNICO
Puerto Colombia	Cabeceras del Caráparaná	
Puerto de Las Piedras	río Caráparaná	
La Florida	río Caráparaná	
El Encanto	río Caráparaná	
Agencia el Loco	río Caráparaná	
Argelia	río Caráparaná	
Cauduyas	río Caráparaná	
Ifucue	río Eré (afluente Caquetá)	Huitoto
Acacias	Cabeceras del río Igaráparaná	Huitoto
Entreríos	Río Nocuemánf (afluente del Caquetá)	Huitoto
Atenas	Cabecera del río Cahuinarí	Huitoto
La Sabana	Cabecera del río Cahuinarí	Huitoto
Pto. colombia	Orilla derecha del río Hahai	Huitoto
Morelia	Río Morelia	Huitoto
Los Carienes	Igaráparaná	Huitoto
La Chorrera	Igaráparaná	Huitoto
Bellavista	Banda derecha del río Algodón	Huitoto
Pto. Tolima	Banda izquierda del río Tamboriaco	Huitoto
Esmorayes	Entre el río Caráparaná y el río Menaje	Huitoto (Emerai)
Amenanis	Río Igaráparaná	Huitoto (Amenani)
Naicuenas	Río Igaráparaná+	
Campuyá	Río Putumayo+	

(+)Agencias Portuguesas *Figueroa, 1986, 99.*

Al año siguiente, algunos centros toman mayor prestancia económica-social. En el río Igaráparaná, La Chorrera se erige como el centro de acopio y embarque de caucho con destino a Manaos o/e Iquitos.

Sin duda alguna, uno de los aspectos más notables de los barracones era su distribución en inmensos territorios. Del Encanto, por ejemplo, a la colonia Indiana (primer nombre de la Chorrera) se gastaba 18 horas por trocha; de la Chorrera a Arica, en la desembocadura del río Igaráparaná, se invertía más de un día! (26 horas y 30 minutos) en lancha de vapor; de Arica al Cotué, en el río Putumayo -sede de una aduana peruana- 30 horas y media. Un viaje entre El Encanto e Iquitos podía durar hasta 15 días en vapor, si bien se podía optar por tomar cierto varador, pero en este caso se hacía imposible transportar la carga (Rocha, 1905, 122).

La distancia entre Iquitos y el Putumayo era mucho mayor que entre esta región y Manaos, pero los precios mayores de la mercancía en Manaos, la existencia de un impuesto ad valorem en de caucho por parte del Brasil, y el control que el Perú ejercía realmente sobre el Putumayo.

En este contexto, los transportadores fluviales constituían un engranaje fundamental de todo el proceso económico regional, y, en efecto, algunos de ellos supieron sacar ventaja de su posición.

Las explotaciones carecían de títulos de propiedad y cada barracón se definía fundamentalmente por la fuerza de trabajo que tenía enganchada. En este caso, los caucheros endeudaban al indígena, a cambio de unas mercancías, e implementaban un conjunto de estrategias para mantener al indígena endeudado o desarrollaron procedimientos para obligarlo a trabajar. De acuerdo con la visión etnocéntrica de Rocha:

"Los huitotos... reciben un hacha y a cambio de ésta están obligados a dar lo que llaman pago de caucho; reciben un machete y lo pagan trayendo un bulto de Charungué o de Tamborcaco. Pero sucede que los indios son naturalmente haraganes y que pospone el cumplimiento de sus compromisos de día en día... Hay que constreñirlos en ese cumplimiento... Los dueños de las agencias envían dependientes suyos a las naciones a hacer trabajar a sus deudores. De suerte que los blancos están desimminados en toda la huitota los que se solicitan como peones por los propietarios de los establecimientos son manera de agentes de cobro... (Rocha, 1903, 123-124).

Los centros caucheros se abastecían por medio de los barcos de vapor que con cierta frecuencia navegaban el Putumayo. a cambio de caucho se negociaba herramientas, ropa, conservas, chaquiras, etc. En el Putumayo los precios de los artículos podían tener un valor cuatro veces mayor que en Iquitos. Un sombrero de paja, por ejemplo, valía \$1.60 en Iquitos, mientras que su costo en El Encanto era de \$ 4.; una vara de zaraza subía su precio de \$0.60 en la primera ciudad a 1.60 en el Putumayo. Los fletes subían por lo menos el 50% del valor del artículo (Rocha, 1905, 122).

B. LA FORMACIÓN DE LA CASA ARANA

J. César Arana era un transportador dedicado a aprovisionar de mercancías a los barracones del Putumayo y de llevar el caucho a Iquitos. En 1899 inició operaciones de compra de siringa en la región, y en 1901 entabló negocios con la firma Larrañaga, Ramírez y Cia., que acababa de establecerse en La Colonia Indiana, en el río Igaráparaná (Arana, 1913, 556).

En 1902, fundó la Compañía Arana, Vega Ltda., en socio del señor Vega, cónsul colombiano en Iquitos. En 1903 se organizó la Casa Arana Hnos. Ese año ya sus posesiones cubrían tanto el río Igaráparaná como los ríos Cahuinarí y otros afluentes del Caquetá (Robuchon, 1907, 440).

La red cauchera se había expandido rápidamente. En 1902, según el libro de cuentas, había 12.000 indígenas a su servicio, pertenecientes a 5 grandes tribus (Huitoto, Bora, Monamos, Andoque y Navajas (sic), éstas a su vez divididas en 170 agrupaciones (Enrique de Espinar, en Laburre Correa, 1905). En 1905, la compañía se expandió al Caráparaná, asociándose con Gregorio Calderón en la firma Calderón, Arana y Cía, contabilizando un total de 3.500 nativos huitotos bajo su jurisdicción, mientras que en el Igaráparaná sus trabajadores nativos habían ascendido a 13.600.

CUADRO No. 9.
GRUPOS INDÍGENAS DEL RÍO IGARAPARANA

TRABAJADORES DE ARANA, VEGA Y CÍA.	
Huitotos	4.000
Ocaína	300
Fetitas	150
Nernufgaros	150
Muinanes	800
Nonuyas	200
Boras	3.000

Fuentes, 1908, 38.

Correlativamente, se registra un incremento en los volúmenes de producción de caucho en el Putumayo, relacionados con un alza en los precios internacionales de la goma durante los años 1904-1905.

En 1903 el Putumayo producía, según la aduana de Iquitos, goma por un total de 500.000 libras esterlinas; en 1905, la suma se duplicaría (Collier, 1968, 62). No obstante, entre 1907 y 1911 la situación de los precios de la goma oscilaron considerablemente, aunque en 1910 tomaron nuevamente fuerza.

Desde 1905, Arana intentó monopolizar toda la fuerza de trabajo del río Caráparaná e implementó una serie de medidas de hostigamiento y de violencia abierta contra los demás caucheros. en 1907, además, cambió la razón social de su compañía, denominándola Peruvian Amazon Company y emitió acciones por un valor total de 1.000.000 de libras esterlinas. Simultáneamente -al parecer- intentaba ampliar la actividad productiva de sus "posesiones", mediante la siembra de plantaciones de caucho, la conformación de grandes ganadería o el cultivo de algodón (Calle, 1982). A finales de la década de 1910, arana había consolidado plenamente su explotación y ocupaba un lugar prominente entre los "Barones" del caucho de la Amazonia.

B. CONDICIONES Y MECANISMOS DE LA EXPLOTACIÓN DE LA CASA ARANA

Arana se percató rápidamente de la excepcional situación del Putumayo. Si bien las gomas locales eran de baja o mala calidad (sernambi o jebe débil) y había considerables distancias entre la zona y los centros de embarque de la goma con destino a los mercados internacionales, la oferta de fuerza de trabajo era casi "ilimitada" en una situación de escasez de trabajadores en la mayor parte de los siringales del Amazonas peruano.

De otra parte, las sociedades indígenas disponían de jefes locales, con quienes se podía negociar la movilización de sus subalternos para la producción cauchera. La compañía organizó algunos centros de explotación donde trasladó a diversos linajes generalmente hablantes de una misma lengua. En otros casos, los indígenas residían en sus sitios de asentamiento tradicional pero debían entregar periódicamente el caucho en los barracones de los caucheros. En 1903, el geógrafo francés Robuchón describió así el sistema de extracción de la goma:

"Extraen la goma, bajo la forma de *semambi*, de una especie de *Siphonia* muy abundante en la región del Igaráparaná. Armados de machetes, los indios recorren el bosque dándole a cada árbol de goma que encuentran una serie de tajos en el tronco, hasta donde les alcanza el brazo estirado. La leche destila y corre por el árbol hasta el suelo y se coagula al aire libre. Cuando han pasado algunos días los indígenas regresan y recogen la cosecha en cestos que cargan sobre sus espaldas. Esta especie de *semambi* contiene mil impurezas; pedazos de madera, basuras, hojas secas y una cierta cantidad de arena. Para despojarla de tantos ingredientes extraños la golpean en el agua corriente con unas mazas de madera. Pierde de este modo el agua de fermentación que posee y se hace más compacta; luego la enrollan en enormes chorizos-rabos, convirtiéndose en negro su primitivo color gris, al contacto del aire y de la luz.

El indio es poco amigo de extraer el caucho por el método de tichelas, a la manera del siringuero en estradas regulares." (Robuchon, 1907, 457).

El régimen de trabajo de la compañía ha sido descrito con detalle en el Informe del Cónsul Casement sobre la situación del Putumayo (Casement, 1912). En los primeros años los indígenas fueron reclutados mediante la entrega de mercancías, pero al cabo de tiempo la compañía impuso una estricta y violenta disciplina en las actividades extractivas. El capitán de la comunidad tenía la responsabilidad de responder ante el capataz de cada barracón por la cuota de caucho. Cada diez días debía entregar goma y durante dos o tres ocasiones al año transportaban el caucho a las sedes principales, para embarcarlo con destino a Iquitos. Se llevaban a cabo tres fábricas anualmente, extrayéndose 50 a 60 kg por temporada. La remuneración del capataz dependía del volumen total de caucho producido en cada sección. El jefe de Matanzas, campamento de los indígenas Andoque, por ejemplo, derivaba un 20% de utilidades sobre el total del peso producto. Algunos otros empleados de la compañía tenían, al parecer, sueldos fijos, aunque siempre había primas y comisiones especiales por "buenos servicios" (Casement, 1912).

Como el indígena tenía un sistema económico de objetivos finitos, la demanda de mercancías no era constante. Así que para forzar a la población indígena a trabajar el caucho, la Casa Arana -como otros caucheros- optaron por medios compulsivos, conformándose cuerpos de vigilancia, patrullas de reclutamiento forzado, y una variada gama de medios de castigo para mantenerlos articulados al barracón.

W. E. Hardenburg (1912) pudo constatar el nefasto impacto de este régimen de trabajo sobre la población indígena. En general el estado físico era deplorable, y a pesar de ello eran obligados a trabajar continuamente y a llevar a cuestas pesadas cargas. La alimentación de los nativos adscritos a los barracones se reducía, habitualmente, a una comida en la tarde conformada con farifa y, a veces, un enlatado de sardinas. Los capataces tenían acaparado un buen número de mujeres indígenas, que mantenían como concubinas. Generalmente, los indios no disponían del tiempo requerido para sembrar, cazar o pescar para sí mismos.

De otra parte, dicho testigo resalta el régimen disciplinario inherente al régimen de trabajo local. Aquellos que no traían las cuotas mínimas de caucho eran azotados,

colocados en el cepo, o simplemente asesinados (quemados, deprivados, ahogados, etc.). Se les cercenaban los miembros, eran entregados a los perros, o muertos a balazos. Si a ésto agregamos las frecuentes epidemias provocadas por los desplazamientos y la situación laboral se comprende las dimensiones de catástrofe demográfica y social que representaron tales años. Se estima que en menos de una década murieron por lo menos 40.000 nativos sin distinción de edad y sexo.

En este contexto, la violencia física se constituyó en un engranaje de la vida económica de la compañía. En términos técnicos se generó un proceso esclavista, en el cual "el crecimiento de la fuerza de trabajo se independiza del volumen demográfico de la población y, en lugar de basarse en el crecimiento demográfico, consecuencia de un incremento natural, depende de los medios existentes para capturar individuos extranjeros" (Meillassoux, 1979, 151), vale decir para hacerlos compulsivamente trabajar a costa de su vida misma.

De esta forma, el decrecimiento físico de la población de un barracón era solucionado mediante la incorporación de nueva fuerza de trabajo:

"The section chief at Ultimo Retiro told me that when the enterprise was at this height, there were 2000 Indians on the book at the post, and, when asked what had become of them, he frankly admitted that they had been killed, starved, worked to death, and run away" (Fuller, 1912, 52).

Sin duda, el ciclo de caucho había representado para los indígenas un afianzamiento de las relaciones esclavistas que desde hace varios siglos conocía, pero en esos tiempos con menor intensidad.

C. LOS CAUCHEROS EN EL VAUPÉS

Como se mencionó, numerosos caucheros desplazados del piedemonte, como consecuencia de la tala masiva del caucho negro, se desplazaron hacia el Vaupés. Un Informe de 1907 del Intendente del Meta da cuenta de la tala de caucho en la región sin autorización o permiso oficial alguno. Se calcula que en 1910 había más de 500 trabajadores (Colonización y Baldíos, Oficio Intendencia del Meta, 1910, t. 33, 265-267) cuya producción alcanzaba las 1.000 arrobas de caucho, por un valor total de \$ 25.000 pesos.

En 1907, el Vaupés permanecía, sin embargo, casi totalmente incomunicado de Villavicencio, capital de la Intendencia del Meta. Hamilton Rice gastó varias semanas en llegar a Calamar, centro cauchero de la región, viajando por caminos de herradura.

Calamar consistía en dos cabañas; había sido fundada recientemente por Gregorio Calderón y constituía el barracón principal del Alto Vaupés, utilizando mano de obra de los indios del Caduyarí y Querarí (Hugh Jones, 1981, 37).

Para 1912 el estado de sus poblaciones era deplorable y gran parte de los indios habían huido de ellas. San José del Guaviare contaba con 20 casas, pero había sido abandonada por los indios. Un camino ancho comunicaba al abandonado pueblo de la Sal y Calamar, el lugar más próspero localmente. En Calamar se había instalado un comisario especial y constituía la sede de las actividades de ciertos caucheros, especialmente del citado Calderón. Entonces sus trabajadores eran, sobre todo, de origen huitoto, probablemente fugitivos de la Casa Arana y restos de comunidades que los caucheros colombianos habían logrado desplazar hacia el norte desde el Putumayo (Rice, 1914, 147).

Los caucheros se provisionaban de mano de obra indígena del oriente del Vaupés, usando métodos violentos para engancharlos al trabajo.

En el costado oriental, en el Alto Río Negro, la Casa Garrido monopolizaba la explotación cauchera, si bien existían otros barracones menores. Un barco de vapor unía a Manaos con Santa Isabel, lugar de aprovisionamiento de todos los caucheros del Alto Río Negro. De Santa Isabel hacia arriba la comunicación se estableció mediante batelones de remos, manejados por indios baniwas del Isana (Koch Grünberg, 1967, s.p.).

La Casa Garrido había sido fundada en 1870 por don Germán Garrido, un inmigrante de origen español. Tenía su sede en San Felipe, donde mantenía también los depósitos de mercancía. El sistema de endeude imperaba también en la zona, si bien muchos indígenas debían pagar sus deudas en farifa o sarsaparrilla, o como cazadores o pescadores en el territorio de Garrido (Koch Grünberg, 1967, s.p.).

En los ríos Isana y Vaupés, entre otros, se abastecían de farifa y enganchaban trabajadores para las temporadas de trabajo de caucho.

Don Germán mantenía una relación clientelar con los indígenas, a través de sus múltiples hijos de madre indígena y mediante la protección, como padrino, a muchos de ellos. No obstante, de acuerdo con Collier mantenía un ejército de aproximadamente 400 guardianes --muchos de los cuales eran sus hijos-- para salvaguardar sus propiedades y, seguramente, atemorizar los indígenas (Collier, 1981, 57).

Los nativos de la región habían sido sometidos a un constante desplazamiento desde mediados del siglo pasado, y sobretudo a partir de 1870. Los diversos informes de misioneros y exploradores (Wallace, Coudreau, Spruce, entre otros) dan cuenta del permanente estado de alerta de parte de las poblaciones indígenas del Isana y Vaupés que se expresaba en el abandono de los poblados y su refugio en las áreas interterrestres.

Los campamentos colombianos del Alto Vaupés eran objeto de diversos asedios por parte de los indígenas de la parte meridional, posiblemente auspiciados por los caucheros de la Casa Arana. Los carijona, del río Apaporis, atacaron en varias oportunidades los barracones, dejando un saldo considerable de caucheros e indígenas muertos (Hugh Jones, 1981, 37).

Hacia 1918, los caucheros colombianos poseían por lo menos cuatro centros de importancia en el Vaupés, teniendo como centro principal a Calamar (los otros son, San José del Guaviare, San Camilo (río Ituilla) y Urana, en el río Vaupés, cerca a la actual localidad de Mitú). La frontera con el Brasil será consolidada por estos caucheros (Domínguez, 1985, 145) quienes, pese a las dificultades de comunicación, habían logrado imponerse localmente incluso a la Casa Garrido.

D. LOS SIRINGALES DEL MIRITI-APAPORIS

Desde los albores de este siglo la zona del Marití-Apaporis fue centro de actividades extractivas. En 1903, por ejemplo, había varios campamentos de sirigna en el Alto y Bajo Apaporis, y en el Chorro de La Libertad, fundados mediante la asociación de La Casa Calderón, Tomás Plata y Ernesto Berner, y con base en la fuerza de trabajo carijona, huitoto, miraña (Franco, 1984, 44).

Koch Grünberg visitó el campamento de La Libertad, en 1904, al cual describió en los siguientes términos: "La construcción principal era una construcción lacustre con baranda alta y ancha en la

que desembocan las cámaras, alcobas. Debajo sobre la tierra se encontraban los depósitos, detrás de la casa otra construcción lacustre más pequeña, la cocina y algunas chozas bajas" (Koch Grünberg, 1967, s.p.). Entonces vivían allí 20 personas, entre blancos, mestizos e indígenas.

En esos años también funcionaban varios barracones en el río Mirití-Paraná, Apaporis, Bajo Caquetá (en Popepayacá) Puerto Nariño, La Pedrera, Pto. Córdoba) de propiedad de los caucheros Cecilio Plata y Braulio Borrero, con indígenas Yucuna, Makuna, Tanimuka, Yauna y Letuama.

En los años subsiguientes otros caucheros se instalaron en la región del Mirití-Apaporis. Según Franco, en 1905 se establece Severiano Lizcano en el Bajo Apaporis (con trabajadores Makuna y Yauna); en 1908 se fundó en la parte superior del Mirití varios centros pertenecientes a Angarita y Cía (cuyos socios principales eran Antonio Angarita, Félix Mejía y Oliverio Cabrera) (Franco, 1984, 40 y 44).

La región del Mirití-Apaporis ocupaba un lugar relativamente equidistante entre las caucherías del Vaupés, al norte, y la zona del Putumayo, en la porción meridional.

Ciertamente, la región se encontraba comunicado por diversos varadores con Vaupés y algunas trochas la ligaban, también, con el área del Putumayo; pero tanto los chorros de la Pedrera y algunos otros saltos en el río Apaporis la mantenían en un relativo aislamiento e independencia. Estos factores de carácter geográfico coadyuvaron a que el área se convirtiera en una zona de "refugio" de los indígenas y caucheros que huían del régimen imperante en el Putumayo, desde principios del siglo.

Los métodos violentos utilizados por los caucheros no estaban ausentes en las caucherías del Apaporis-Mirití; como respuesta de los principales patrones caucheros -como Cecilio Plata, Moreno y el mismo Borrero- fueron muertos por los indígenas. Estas muertes desencadenaron atroces represalias por parte de los caucheros (Hildebrand, M. en Corry, 1977, 36). En 1908, Oliverio Cabrera (un expleado de la Casa Arana) penetró en la región, buscando castigar los responsables de la muerte de Plata. Ese año fundó, como se dijo, barracones en el Alto Mirití, tomando a Campoamor como sede principal de sus actividades. De acuerdo con Ostra, agrupó indios de diversos grupos étnicos y ríos (yucuna, matapis, letuamas, macunas) en torno al barracón y ordenó la apertura de extensas chagras, sembrando yuca, plátano y otros productos; comprometió mediante el sistema de endeude a los capitanes indígenas a cambio de fósforos, sal o jabón. Aquellos que no extraían de acuerdo a las cuotas fijadas, eran víctimas de vejámenes y otros castigos ("fuede y garrote") (Ostra, 1979, s.p.). El estado opresivo se agravaba por las epidemias de gripa que afectaban letalmente a la población. Este caucho se transformaba en bolas, desecadas con humo, y se comercializaba a través de la ciudad de Manaos.

La red de socios incorporaba a algunos residentes en Manaos y Casas comerciales de la misma ciudad. Por documentos de 1911, sabemos que tanto Cecilio Plata como Braulio Borrero eran socios de Heliodoro Jaramillo, excónsul de Colombia en Manaos, generándose una serie de pleitos sobre derechos de titulación debido a la muerte de los dos primeros. (Las Misiones en Colombia, 1912, p. 51 ss.).

La zona del bajo Caquetá constituía un verdadero dolor de cabeza para la Casa Arana. Si bien las explotaciones del Mirití o del Apaporis no eran modelos de derechos humanos, los indios del sur del Caquetá huían o buscaban refugio en la misma. La fundación de un Resguardo de Aduana colombiano en la Pedrera, en 1911, exasperó los ánimos de la Compañía y del Perú, lo que concluyó con el combate de la Pedrera entre tropas de Colombia y el Perú, y el retiro de las tropas colombianas del General Gamboa. Para la Casa Arana el asalto de la Pedrera tenía la finalidad de controlar la

navegación por el Caquetá, y simultáneamente tomar una posición ventajosa frente a los caucheros del Mirití y evitar la fuga de sus trabajadores hacia aquella zona.

Oliverio Cabrera logró consolidar en los años subsiguientes su centro cauchero. Su fundo se constituyó en un área de concentración de indios del Vaupés, Mirití, Apaporis, Caquetá, Cahuarí, etc. En 1929, cuando un funcionario enviado por el gobierno colombiano para inspeccionar el Caquetá y el Putumayo visitó el Mirití, el río estaba habitado por múltiples grupos --de la región o migrantes del Putumayo-- sujetos a Cabrera. Campoamor tenía 42 blancos ("la mayor parte niñas de catorce a dieciocho años, hijas y huérfanas de algunos de sus socios que han fallecido") y 51 indígenas (Rivas, Censo del Caquetá, 1929).

Entonces había también algunos centros caucheros en el Apaporis, entre ellos el de un socio de Cabrera que para entonces proyectaba desplazarse al Mirití.

El conflicto colombo-peruano reforzó la posición de Oliverio Cabrera, ya que su localización estratégica y su personal se constituyeron en base y auxiliares fundamentales para el triunfo de las armas colombianas. Con la ayuda de sus subalternos yucuna y parte de los indígenas muinanes se abrió, por primera vez, Araracuara, acondicionándola para actividades aéreas de guerra.

Franco estima --con base en el Informe de Rivas-- que los barracones de Cabrera disponían de 58 funcionarios (Jefes de sección y capataces) y 860 indios de diversos grupos (yucuna, matapí, letuama, andoque, tanimka, makuna, etc.). En 1910-11 había establecido una sección en el río Canuarí y pretendía proyectarse en el río Piráparaná (Franco, 1984, 42 y 43 ss.). Hacia 1940 muere Oliverio Cabrera, y su fundo y personal se repartió entre sus hijos(as). Jácome Cabrera toma como base de operaciones el Mirití Medio y el Guacayá, con indígenas tanimuka y letuama; sus cuñados (esposos de hijas de Oliverio) explotan el Alto Mirití y el Caquetá (con macunas, matapí y mirañas) y la zona comprendida entre el varador Apaporis-Mirití y el río Apaporis (con yauna, tanimuka y macuna) respectivamente (Franco, 1984, 45).

Estos últimos habían llegado como suboficiales, durante la guerra colombo-peruana. Esta sucesión coincide, al parecer, con la minibonanza generada por la llegada de la Rubber a la región que, como veremos, recapitaliza parcialmente a los caucheros. En Pacoa y la Pedrera, entre otros lugares, se establecen pistas que permitieron sacar directamente el caucho al interior, liberando a los comerciantes locales del mercado de Manaos y parcialmente del transporte fluvial.

Esta coyuntura fue especialmente propicia para la zona aquí referida, ya que había aún grandes reservas de caucho y empresas organizadas con experiencia en las actividades extractivas, y con una fuerza de trabajo entrenada y "disciplinada". Los mencionados caucheros sacaron provecho de la coyuntura y constituyeron sendas empresas cuya proyección abarcará 20 o 30 años más.

DEPRESIÓN Y BONANZA DESPUES DEL BOOM

A. LA DEPRESIÓN DEL CAUCHO Y LA BONANZA DE LA BALATA

En 1910, el caucho alcanzó su mayor precio en el mercado internacional, cotizándose a 964,5 libras esterlinas por tonelada. Ese año la producción global en el Brasil alcanzó 40.800 toneladas, sobre un total mundial de 71.453 toneladas. Asia apenas aportaba 8.753 toneladas a la producción global (Santos, 1980, 236).

El informe del cónsul en Iquitos inglés ratifica esta situación boyante del caucho en los siguientes términos: "el caucho es el centro de todos los negocios y en tanto que los precios para este artículo sean mantenidos a una tasa cualquiera encima de los 4 chelines por libra, es muy probable de que esta situación continúe" (Cazes, 1976, 221). Un año más tarde, el precio del caucho, en el mercado internacional, desciende a 601.7 libras esterlinas/tonelada, y continuará bajando vertiginosamente hasta situarse en 1919 a 227 libras por tonelada (Santos, *Ibid.*).

Entre tanto, la composición del mercado había cambiado. Las plantaciones inglesas en Malasia y Ceylán tomaron a partir de 1913 el control del mercado, desplazando inexorablemente, en los años subsiguientes, al caucho del Amazonas.

CUADRO No. 10.
EXPORTACIONES DE CAUCHO
EN MILES DE TONELADAS MÉTRICAS

AÑO	SUDAMÉRICA	AFRICA	ASIA	PORCENTAJE TOTAL SURAMERICANO
1913	45	18	51	39.5
1922	24	3	372	6.0
1930	17.5	5	822.5	2.1
1939	16	16.1	984	1.6

Shanaban, (1954, 18).

En 1913, la producción de la Amazonia brasilera era 39.560 toneladas contra 47.618 toneladas asiáticas. En ese año los volúmenes de producción todavía serían inferiores a la demanda mundial, pero a partir de 1916 la oferta de caucho natural será superior a la demanda del mismo cayendo verticalmente los precios (Santos, 1980, 236).

En 1919, por ejemplo, la producción total alcanzaba las 423.455 toneladas, mientras que la demanda se situaba en 381.497 toneladas. Del producido apenas 34.285 correspondían al Amazonas brasilero (que constituía la oferta mayor en toda la cuenca amazónica y contabilizaba parte de las gomas producidas en Colombia y Perú) (Santos, 1980, 236).

Esta situación se reflejó en toda la región, donde los "florecientes" pueblos decayeron y parte de las regiones retornaron a su economía de "subsistencia". La situación se vio agravada con el estallido de la primera guerra mundial, por la cual disminuyó considerablemente el número de barcos disponibles para el transporte del caucho a los centros internacionales.

Las empresas caucheras intentaron superar la crisis mediante la explotación de la balata. La Casa Arana, por ejemplo, explotaba balata en los ríos Igaráparaná y Caráparaná, con base en un régimen de trabajo similar al anterior. La situación de los nativos no había cambiado, a pesar del Escándalo del Putumayo generado por las denuncias de Hardenburg y la investigación del cónsul inglés, Sir Roger Casement en el Putumayo. Un documento de 1917 describe la situación de esta región así:

"Estos infelices aborígenes se encuentran en gran número diseminados en los bosques errantes... Sobrecogidos siempre de temor, huyendo del contacto con la gente blanca, de la que sólo tiene idea de representar la tiranía y la opresión. Se encuentran bajo dominio de los caucheros peruanos que cuentan con el apoyo del gobierno y las fuerzas armadas de dicho país. En Yubineto tienen establecido un campamento militar, y periódicamente hacen incursión Putumayo arriba para capturar los indios por la fuerza y llevarlos a determinados lugares donde tienen sus gomales" (Comisario del Putumayo, Informe, Colonización y Baldíos, Archivo Nacional, t. 41, 30-46).

En la región del Vaupés había sucedido algo similar. El caucho había sido sustituido por la balata, pero el régimen de explotación de los indios continuaba. De acuerdo con el López de Sousa, los ríos Isana, Vaupés y Guainá eran explotados intensamente por los balateros. El fundador de la Casa Garrido había fallecido, pero sus hijos continuaban con el negocio (López de Sousa, 1959, 40).

De acuerdo con el oficial portugués, los balateros colombianos se proyectaban al Isana para enganchar compulsivamente la fuerza de trabajo nativa. Parte de la actividad de los mestizos de la región consistía en comprar farifia a los indios, para intercambiarla por balata en los barracones.

Asimismo, la balata del Vaupés y del Papurí era explotada por colombianos, pero su comercialización se hacía a través de Manaus, pagando ciertos impuestos de aduana brasileiros.

Como consecuencia de este proceso, el despoblamiento de los ríos Isana y Vaupés continuaba. López de Sousa constató como en Tunui donde Koch Grünberg había encontrado casas y 100 personas años antes apenas subsistían 5 casa con 32 habitantes (López de Sousa, 1959, 44). Un proceso similar ocurría en ciertos ríos del Vaupés. De acuerdo con S. Hugh Jones, cuando Mc. Govern viajó por el Pirapará con destino al Apaporis, no encontró virtualmente ninguna maloca en dicho río, ya que los indios se habían refugiado en el bosque, posiblemente para evitar represalias por una rebelión ocurrida a mediados de 1920. (Hugh Jones, 1981, 39).

Diversos testimonios orales indican que el proceso de deportación hacia el Perú causó una gran mortalidad en la población que quedaba. Según los Muinane de Sabana la Gente Muinane se enfermó en el Putumayo, debido al ataque de epidemias tales como fiebre amarilla, sarampión y gripe; la embarcación en la cual iba un gran número de familias nonuyas se hundió; como los indios iban en la parte inferior del barco y amarrados no pudieron salvarse. De acuerdo con datos de la misma Casa Arana, la población indígena deportada hacia la banda peruana del río Putumayo alcanzó a una suma total de 7.000 indígenas (Villarejo, 1950, 236); se puede decir, sin exageración, que en 1932 apenas quedaban en la Comisaría del Amazonas los grupos y familias que habían logrado huir y mantenerse escondidos en el bosque.

En 1924, el Padre Gaspar de Pinel verificó que la Casa Arana continuaba explotando balata: sus lanchas surcaban hasta el río San Miguel, buscando indígena (Pinel, 1928, 5). En aquel año, algunos periódicos de Bogotá denunciaron la penetración de la compañía al norte del Caquetá en busca de balata y con el propósito de enganchar indígenas. No obstante, desde 1928, como consecuencia del tratado firmado años atrás entre Colombia y el Perú, la Casa Arana inició una deportación masiva de indígenas de la zona a la banda peruana.

B. EL SEGUNDO CICLO DEL CAUCHO

Cuando las plantaciones de caucho natural del sudeste asiático cayeron en manos de los japoneses, la suerte del caucho amazónico cambió radicalmente. Los Estados Unidos conformaron The Rubber Development Corporation, cuyas funciones eran la promoción, mercadeo y exportación del caucho natural amazónico hacia los Estados Unidos (Wagley, 1967, 53).

La historia de la Rubber en Colombia y su impacto sobre la dinámica regional apenas ha sido estudiada. Su impacto en la producción global del caucho no fue, de manera similar al Brasil, espectacular, aunque sí se elevaron las cifras de producción. Las siguientes cifras dan cuenta de la evolución de la producción de caucho en Colombia durante esos años, gran parte de la cual provenía de la zona amazónica.

CUADRO No. 11.
PRODUCCIÓN DE CAUCHO NATURAL
DURANTE EL PERIODO 1938-45

AÑO	CANTIDAD KG. EXPORTADO	VALOR (\$ COL)	VALOR KG (\$ COL)
1938	62.379	47.852	0.76
1939	155.900	122.388	0.78
1940	114.573	76.600	0.67
1941	168.483	117.667	0.69
1942	550.367	731.401	1.32
1943	1.073.348	1.494.507	1.38
1944	543.033	745.936	1.37
1945	590.343		

Pinzón, 1979, 60

De acuerdo con el antropólogo Alberto Pinzón, la Rubber comenzó operaciones en Colombia en 1942, logrando una inflexión importante en la producción de caucho, como consta en el cuadro anterior. La estrategia de la Rubber consistió en construir múltiples campos de aterrizaje para utilizar la vía aérea como medio de transporte de la goma. Se establecen pistas en Calamar, Miraflores, Mitú, sobre el Vaupés. Se construyeron o ampliaron pistas en Araracuara, la Tagua y la Pedrera, en el río Caquetá, o en Pacoa, sobre el río Apaporis. Se pusieron a disposición campos de aterrizaje en Caucaiyá (Puerto Leguízamo), Arica (sobre el Putumayo) o en el Leticia. Asimismo, se abrieron algunas pistas en el Orinoco (Pinzón, 1979, 64).

La producción se organizó sobre la base de los antiguos extractores de balata, quienes fueron convocados y dotados de nuevos créditos. La sede regional de la compañía se estableció en Mitú. En Villavicencio se instaló una compañía para enganchar personal del interior. Aparte de los T existía algunos antiguos caucheros y otros individuos en calidad de intermediarios en la contratación del trabajo de los indios (Morales, 1975, sp.).

Los trabajadores de la Rubber recibían sus herramientas de trabajo de la Corporación, y sus jornales quedaban prácticamente libres. Aquellos que preferían trabajar en forma independiente recibían un

crédito que debían cancelarse como en el clásico sistema de endeude, con caucho; cuando tenía saldos favorables recibía dinero o mercancías (Morales S. 1975, s.p.).

La Rubber intentó mejorar pero con poco éxito la tecnología del caucho, aunque las pocas innovaciones técnicas de las ulteriores explotaciones extractivas de la región encuentran allí su origen. Aquella, por ejemplo, importó las primeras laminadoras y difundió la técnica de rayado con tijeleta del tronco (Morales, 1975, s.p.).

Con respecto a la población indígena se repitió el mismo ciclo, quedando los indígenas nuevamente endeudados. Según la antropóloga Morales, la compañía abastecía directamente a los caucheros y capataces de las mercancías. El precio de kg de caucho se fijó en los mejores momentos, en 2.40/kg., de tal manera que podían obtener una buena provisión de mercadería *in situ* y a costos relativamente reducidos (una escopeta: \$ 30.; una vitrola, \$ 300.; una hamaca y zapatos, \$ 4.; un pantalón, \$ 5.). Sin duda había un período de bonanza para ciertos sectores de la región.

Empero, la situación no representó necesariamente un mejoramiento de las condiciones de trabajo indígena. Si bien el gobierno nacional había dotado al sistema de trabajo con un marco legal, obligando a los caucheros a por lo menos teóricamente hacer contratos de trabajo (probablemente como consecuencia de los Escándalos del Putumayo y la evolución de la legislación laboral del país) el sistema de enganche de los mismos permaneció similar, y las mercancías fueron revendidas a los indígenas a precios muy altos. Morales ha estimado que el indígena recibía tan solo un 0.80% del valor del kg estimado en \$ 2.25 y \$2.40 (Morales, 1975, s.p.).

Con la terminación de la segunda guerra mundial la Rubber se retiró de la región, desplazándose gran parte de los antiguos trabajadores hacia áreas del interior. En la zona permanecieron algunos viejos y nuevos caucheros que mediante una pequeña tasa de acumulación lograda en el lapso 1942-44, reactivaron por cuenta propia la producción de caucho, tomando como base otra vez la fuerza de trabajo indígena. Así la Amazonia no logró escapar a ese fatal designio, según el cual las bonanzas representaban siempre un afianzamiento de las relaciones sociales de endeude, con todas sus graves consecuencias para el bienestar de la población aborigen.

EL ENDEUDE: REFLEXIONES FINALES

El ciclo cauchero se caracterizó -como ha sido planteado por el sistema de endeude. Este sistema se basa, fundamentalmente, en "aviar" o sea "suministrar mercancías a crédito", que deben ser canceladas mediante la entrega periódica de caucho y otras gomas o bienes acordados. Si bien las operaciones se evalúan en dinero, éste está ausente de las transacciones económicas, hasta el punto que se puede señalar que se trata de un sistema no monetarizado en su escala inferior. Concomitantemente, el capital es escaso, fenómeno que se ve agravado por la tendencia a invertir por parte de las élites, las utilidades o la plusvalía en circuitos económicos foráneos a la región.

La tasa de acumulación es consecuencia básicamente de tres factores, a saber: la superexplotación de la fuerza de trabajo, las altas utilidades obtenidas en las ventas de los bienes dados a créditos y, en menor medida, la tasa diferencial del valor del caucho comprado al siringuero y su precio final (Santos, 1980, 161 ss.).

De otra parte, como ha sido señalado por Santos, el bajo nivel tecnológico de capital fijo y las precarias formas de organización de la actividad extractiva hacían depender, fundamentalmente, la generación del excedente en el número de trabajadores enganchados, como productores y también como consumidores de bienes (Santos, 1980, 161 s.s.).

Santos y otros autores han notado la existencia de estos factores en otras regiones con caracteres similares, desde el punto de vista de sus recursos físicos, humanos y técnicos. Antonio García ha revelado la existencia en este caso de un régimen de asalaramiento particular típico de muchas regiones de Suramérica (García, 1948).

Los diversos investigadores han resaltado menos el carácter sociológico de la red del endeude y sus mecanismos de carácter simbólico. El negocio giraba en torno a una promesa del endeudado, en el sentido de regresar de forma diferida los bienes en forma de caucho. ¿Cómo eran percibidos estos bienes por los indígenas? ¿Cuáles mecanismos de carácter simbólico especial se generaron para mantener un vínculo permanente entre cauchero e indígena de manera tal que las transacciones económicas no fueran sino la expresión de pagos parciales de una relación más fundamental entre los participantes?

Los caucheros de la Casa Arana, por ejemplo, utilizaron con frecuencia monedas y otras piezas metálicas para cancelar el caucho. Estas monedas eran transformadas, posteriormente, por parte de los indígenas en collares o pendientes de las orejas que poseían un alto valor como símbolo de estatus o de poderes chamánicos. En otras ocasiones, los caucheros entregaban perros domésticos a los nativos, pero los perros habían sido previamente entrenados para que retornasen, bajo el estupor del nuevo dueño, a donde su primitivo amo; y volvían a ser colocados en otra transacción.

Los indígenas del Vaupés poseían con frecuencia un nombre blanco, además del nativo. Aquel había sido asignado, generalmente, por un blanco, y Koch Grünberg pudo constar por sí mismo que los nativos valoraban considerablemente los actos de bautizo efectuados por los caucheros, cuando participó en un bautizo como compadre durante una fiesta religiosa de San Antonio en el río Isana (Koch Grünberg, 1967, s.p.).

En otras regiones, los caucheros establecieron lazos de parentesco con los indígenas. El enganche de los indígenas carijona, por ejemplo, se hizo mediante el casamiento de ciertos caucheros con mujeres carijonas, recreando una red de parientes y aliados. Sus cuñados indígenas se transformaban en sus principales trabajadores (Schindler, 1978).

El sistema de endeude refleja, entonces, una red de relaciones sociales más profundas, y no meramente un contrato de carácter económico.

De otra parte, en el "sistema de endeude" debemos distinguir diversos tipos de relaciones sociales cualitativamente diferentes. La situación del Putumayo descrita corresponde técnicamente a una situación de carácter esclavista, en donde la tasa de ganancia se obtiene de manera absoluta, ya que el mismo sistema no permite la reproducción de la fuerza de trabajo nativa, y éste se repone -a corto y largo plazo- mediante la extracción de trabajadores. En este caso, la rentabilidad del negocio reposa, básicamente, en la superexplotación de la fuerza de trabajo, pasando a segundo plano la calidad del caucho local.

En otras zonas, el proceso estuvo ligado a la conformación de redes de carácter clientelar donde se estableció un modelo social más similar a un vínculo entre patrón/cliente, entre el cauchero y sus trabajadores. Esta relación permitía al cliente obtener ciertos adelantos en bienes y garantías de parte del patrón, así como protección frente a terceros. Desde el punto de vista del patrón, la relación clientelar le garantizaba el control de la fuerza de trabajo por mecanismos no de forma exclusiva económicos o de carácter violento.

El sistema de endeude evolucionó de un contenido meramente esclavista a uno de carácter clientelar, pero nunca tomó sobre sí la base definitiva de la reproducción de la fuerza de trabajo nativo. La condición *sine qua non* del trabajo extractivo ha sido la de dejar recaer en los propios trabajadores la función de su propia reproducción económica y social (mediante la ejecución de actividades agrícolas, de cacería y pesca, entre otros aspectos). En este sentido, al abstraer periódicamente fuerza de trabajo de una comunidad determinada, afectamos notablemente la reproducción del excedente de esa comunidad; se disminuye la tasa -a corto, mediano y largo plazo- de reposición del trabajo invertido por los mayores en la propia reproducción de los indígenas siringueros en el capital social disponible para las nuevas generaciones.

Es probable que esta situación se halle parcialmente balanceada por la nueva tecnología que incrementa la productividad del trabajo, aunque está de por sí (siguiendo la ley de Chananov) se reequilibra por la baja de los niveles de trabajo.

Bajo esta perspectiva, todo incremento en la demanda del caucho (o de un producto forestal en condiciones de explotación similares) incrementará los niveles de trabajo invertido fuera de la comunidad, con desmedro de las condiciones de reproducción de la sociedad y sin posibilidad -a corto y mediano plazo- de generar un proceso de acumulación (en el sentido social del término). Los ciclos de mayor demanda de caucho han sido, entonces, coyunturas propicias para ver una mayor tasa de endeudamiento reforzando las condiciones laborales y sociales existentes. De forma paradójica, el crecimiento de la producción comercial de la Amazonia colombiana ha representado un afianzamiento de sus relaciones sociales más tradicionales, hostiles a toda transformación profunda de la sociedad regional.

-
1. Esta interpretación ha sido criticada por la antropóloga brasilera Alcira Ramos. Ella sostiene, que Murphy ha malinterpretado los datos etnográficos mundurukú y que probablemente esta fue aún antes del contacto con los Portugueses simultáneamente Patri lineal y matri local (Ramos, 1978, 678).

BIBLIOGRAFIA

- Acuña, Cristóbal. Nuevo Descubrimiento del Gran Río de los Amazonas, Madrid, 1891.
- Arana, Julio C. Las cuestiones del Putumayo (Declaración prestada ante el Comité de Investigaciones de la Cámara de los comunes y debidamente anotada), folleto N° 3, Viuda de Luis Tasso, Barcelona, 1913.
- Arcila, Robledo. Las Franciscanas en Colombia, Imprenta Nacional, Bogotá, 1950.
- Bessa Freire, José. Da Fala boa au portuguez na Amazonia brasileira, Amerindia, No. 8, 1983.
- Bonilla, Heraclio. Informe de los Cónsules Británicos (1826-1919). Gran Bretaña y el Perú, Instituto de Estudios Peruanos, Vol. 3, 1976.
- Calle, Horacio. La Conquista de lo Murui-Muinane, III Congreso de Historia U. de Antioquia, Bogotá, 1981. Mimeo.
- Castelví, M. Reseña Crítica sobre el descubrimiento de la región de Mocoa y Fundación de la ciudad del mismo nombre, CILEAC, T. II, No. 45, Sibundoy, 1941.
- Casemet, Roger. The Putumayo Indians Contemporary Review, September, London, 1912.
- Casement, Roger. The Putumayo report. Fotocopia, 1912.
- Collier, Richard. The River that god forgot. The Story of the Amazon rubber Boom, Dutton & Co. Inc., New York, 1968.
- Cuervo, Antonio. Colección de Documentos inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia, T. IV, Bogotá, 1894.
- De Figueroa, Antonio, Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el país de Maynas, Librería Comercial de Victoriano Suárez, Madrid, 1904.
- Denevan, William. La población aborigen de la Amazonia en 1492, en Revista Amazonia Peruana, vol. III, No. 5, Lima, 1980.
- De Pinell, Fray Gaspar. Excursión Apostólica por los ríos Putumayo, San Miguel, Cubayeno, Caquetá y Caguán, Imprenta Nacional, Bogotá, 1928.
- Domínguez, Camilo. El endeude en el proceso productivo en la Amazonia, en Tierra, Tradición y Poder en Colombia. enfoques Antropológicos, COLCULTURA, Bogotá, 1976.
- Domínguez, Camilo y Gómez Augusto. La Economía Extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930, Corporación Aracua-Tropenbos, Bogotá, 1990.
- Figueroa, Mary. Misioneros, Indígenas y Caucheros, Región del Caquetá-Putumayo, Departamento de Antropología, Universidad Nacional, Bogotá, 1986.
- Franco, Roberto. Contribución al estudio de la Historia y Organización socio-política Makuna, Universidad de los Andes, Bogotá, 1984.

- Friede, Juan.** Estudio Histórico-geográfico de la Alta Amazonia, en Proceeding of the International Congress of Americanist, XXVIII, 1948.
- Friede, Juan.** Los Andakí. Historia de la Aculturación de una tribu selvática, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1953.
- Fuentes, Hildebrando.** Loreto. Apuntes geográficos, históricos y estadísticos, políticos y sociales, Imprenta de la Revista Lima, 1908.
- Fuller, Stuart,** en *Salvery in Peru*, Message from the President of the United States, House of Representatives, february 7/1913.
- Galvao, Eduardo.** Encontro da Sociedades, ed. Paz e Terra, Brasil, 1979.
- García Antonio.** Regímenes indígenas del salariado, en *América Indígena*, vol. VIII, México, 1948.
- García Borrero, Joaquín.** Neiva en el Siglo XVII, Academia colombiana de Historia, Bogotá, 1938.
- Guzmán, Manuel José.** Caucho y Relaciones interétnicas entre los Andoques, Dpto. Antropología, Uniandes, Bogotá, 1971.
- Hemming, John.** *Red Gold. The conquest of the Brazil.* Massachusets, 1978.
- Hugh Jones, Stephen.** Historia del Vaupés. Revista Manguaré, ño. 1. Depto Antropología, Univ. Nacional, Bogota, 1981.
- Hardenburg, W. H.** *The Putumayo. The Devil's paradise,* London, 1912.
- Koch Grünberg, Theodor.** *Zwei Jahre unter den Indianern. Reisen in nordwest brasilein 1902/ 1905.* Austria, 1967 (traducción María Mercedes Ortiz).
- Laburre y Correa, Carlos.** Colección de leyes, decretos, resoluciones y otros documentos oficiales referidos al Departamento de Loreto. Lima, 1905.
- Libro Azul.** Foreign Office. Correspondence respecting the treatment of british colonial sujetos and natives indian employed in the colection rubber in the Putumayo-District Presented to both houses of parliament by command of his Majesty. Londo, 1912.
- Loureiro, Antonio José Souto.** Síntese da historia do Amazonas, Imprenta Oficial, Manaus, Amazonas, 1978.
- López de Sousa, Boanerges.** Do Rio Negro ao Orinoco Rfo de Janeiro, Brasil, 1959.
- Llanos Héctor y Pineda C. Roberto.** Etnohistoria del Gran Caquetá. FINARCO. Banco de la República, Bogotá, 1982.
- Meillassoux Claude.** Modalidades históricas de la explotación y sobre explotación del trabajo, en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 2, No. 2, Mayo-agosto, 1979.

- Misión Capuchina.** Las misiones en Colombia. obra de los misioneros capuchinos de la delegación apostólica del gobierno y de la Junta Arquidiocesana Nacional, Caquetá y Putumayo. Imprenta de la Cruzada, Bogotá, 1912.
- Morales, Luz Angela.** La explotación cauchera en el Vaupés y sus implicaciones socio-económicas, informe de semestre de práctica de campo, Departamento de Antropología, UniAndes, Bogotá, 1975.
- Murphy, Rober.** Head Hunter's heritage. Social and Economic change among the Mundurucú Indians, University of California Press, E.U.A., 1960.
- Murphy R. and Steward.** Caucheros y Tramperos: dos procesos paralelos de aculturación, en Antropología Económica. Estudios Etnográficos, Llobera ed. Ed. Anagrama, Barcelona, 1981.
- Oostra. Meno.** Historia de la Gente del Mirití-Paraná. Bogotá, 1979, mimeo.
- Pineda C. Roberto.** El rescate de los Tamas. Revista Colombiana de Antropología, vol. XXVIII, Bogotá, 1980-81.
- Pinzón, Alberto.** Monopolios, Misioneros y Destrucción de Indígenas, Ediciones Alcavará, Bogotá, 1979.
- Ramos Alcira.** Mundurucú: change or false problema, en American Ethnologist, vol. 5, 1978, p. 675-689.
- Reyes, Rafael.** Memorias. 1850-1885, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1986.
- Reis, A. C. Ferreira.** Historia do Amazonas, Manaus, 1931.
- Reis, A. C. Ferreira.** Lobo d'Almada; un estadista colonial, Manaus, 1940.
- Reis, A. C. Ferreria.** Aspectos da experiencia portuguesa na Amazonia, ed. Governo do estado do Amazonas, Manaus, 1966.
- Rice, Hamilton.** The River Vaupés, The Geographical Journal, t. XXXV. London, 1910.
- Rivas Gloria y Oviedo Armando.** Colonización temprana de la Alta Amazonia colombiana (1535-1595), en los Meandros de la Historia en Amazonia, ed. Abya-Yala, Quito, 1990.
- Rivas, Luis.** Censo del Caquetá. En Informe Anual a la Junta Arquidiocesana de Misiones. Labores de la Misión del Caquetá en 1930-31, Imprenta Nacional, Bogotá, 1932.
- Robucho, Eugenio.** En el Putumayo y sus afluentes (1907), en Carlos Laburre Correa.
- Rumazo, José.** La región Amazónica del Ecuador, Banco Central del Ecuador, Quito, 1982.
- Santa Gertrudis, Fray Juan.** Maravillas de la Naturaleza, Biblioteca del Banco Popular, Bogotá, 1970.

- Sañudo, José Rafael.** Apuntes sobre la historia de Pasto, Imprenta la Nariñense, Pasto, 1938.
- Sevilla Casas, Elías.** Procesos regionales en la periferia colombiana de oriente y occidente. Aportes desde la Historia de la Antropología. Departamento de Historia, Universidad del Valle, H. 453. Cali, s.f.
- Schindler, Helmut.** Etnohistoria de los Carijona en el siglo XX, Montealbán, Caracas, 1978.
- Shanaban, E. W.** América del Sur, ediciones Omegas, Barcelona, 1954.
- Rocha, Joaquín.** De Viaje. Ed. El Mercurio, Bogotá, 1905.
- Taussig, Michael.** Shamanism, colonialism and the wild man, University of Chicago, Chicago, 1987.
- Useche, Mariano.** El proceso colonial en el Alto Orinoco, durante los siglos XVI, XVII, y XVIII. Una introducción a la etnohistoria regional. Univ. Nacional, Bogotá, 1985.
- Weistein, Bárbara.** The Amazon rubber-Boom Stanford University Press, California, 1983.
- Wallerstein, Inmanuel.** El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundial europea en el siglo XVI. México, 1979.
- Wagley, Charles.** Amazon town. A study of man in the tropics, Alfred A. Knopf, New York, 1967.
- Wright, Robin.** History and Religion of the Baniwa People of the Upper Río Negro Valley, (II vol.) Stanford Univ. Ph. D. Thesis, 1981.
- Whiffen, Thomas.** The North-West Amazon, Notes of Some months spent among cannibal tribes, Constable and Company London, 1915.